

traversales

nº 56, septiembre 2021 año XVI. ISSN: 1886-1083
serie histórica: nº 133 - año XXXIII. 8 euros



Especial **La Comuna de París 1871**

Ami(e)s de la Commune

Ana Muiña

Benoît Malon

Enrique Bienzobas

José Luis Carretero

Juan Manuel Vera

Juan R. Mora (viñetas)

Kristine Ross

(Manu Goswami)

Léodile Béra

Mathilde Larrère

(Yohann Emmanuel)

Maurice Dommanget

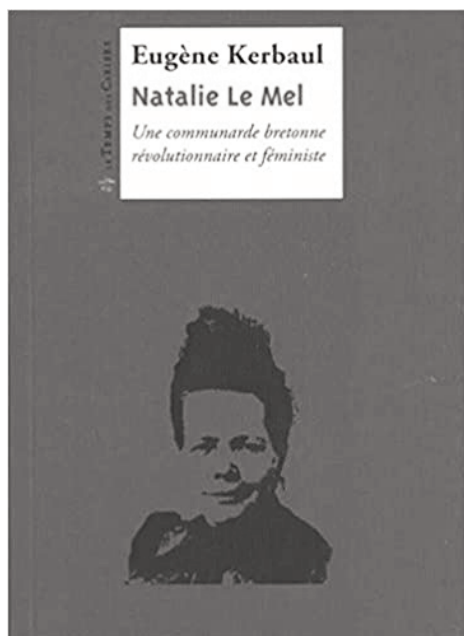
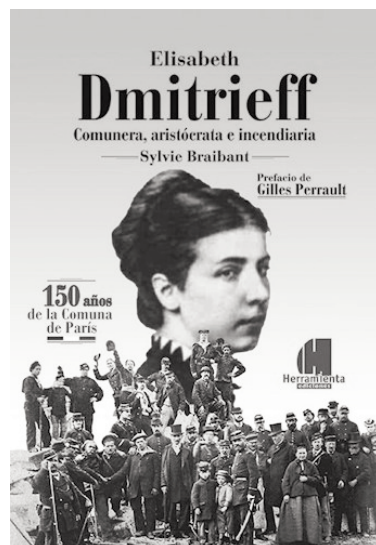
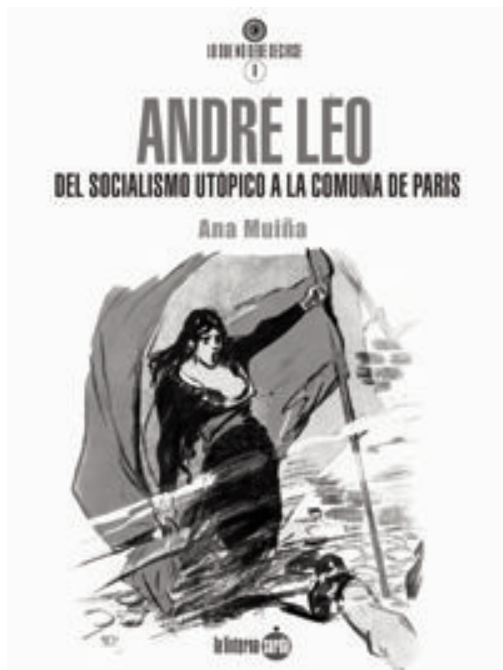
Nathalie Le Mel

(Alexa Gorzi)

Paule Mink

**De la
Comuna
a la
República
universal**





LO QUE HAY...

PORTADA INTERIOR. **La Comuna de Paris, Libros**

EDITORIAL. **De la Commune a la República Universal**, 3-4.

LA COMUNA DE 1871. **Cronología**, Amies et Amis de la Commune de Paris 1981, 5-7. **Escuchando a la Comuna**, Fundación Andreu Nin, 8. **Entre la realidad histórica y las imágenes**, Juan Manuel Vera, 9-13. **Nathalie Le Mel**, Alexa Gorzi, 14. **La guerra social (fragmento)**, Léodile Béra, 15-17. **La semana terrible**, Paule Mink, 19-20. **Las “comunardes”**, Ana Muiña, 21-25. **Las mujeres y la Comuna**, Mathilde Larrère, 27-30. **Mujeres en la Comuna**, Benoît Malon, 31-34. **Comuna de París: rebelde, controvertida y actual**, Kristin Ross, 35-38. **Arte y Revolución en la Comuna**, Enrique Bienzobas, 39-42. **Después de la Comuna, ¿qué?**, José Luis Carretero, 43-48. **La concepción comunalista**, Maurice Dommange, 49-50. **El debate sobre el Comité de Salvación Pública**, 51-53.

VIÑETAS: Juan R. Mora

Suscripciones: trasversales@trasversales.net. Publicación no lucrativa. Se sostiene con suscripciones y con aportaciones voluntarias del equipo editorial. La mayor parte de su tirada se distribuye gratuitamente a colectivos y activistas sociales.

LA REDACCIÓN

Ángel Barón, Pedro A. Bueno, José Luis Carretero, Francisco Carvajal, Miquel Coll, Margarita Díaz, Manuela Fernández, Almudena Gª Mayordomo, Beatriz Gimeno, Aquilino Ginory, Jesús Jaén, Ramón Linaza, Luis Martín, Teresa Martínez, Pilar Membrillera, Enrique del Olmo, Toñi Ortega, Celia Pérez (1949-2019), Manuel Pozuelo, Freddy Quezada, José L. Redondo, Fernando Ruiz, José M. Roca, Ángel Rodríguez Kauth, Miguel A. Rodríguez Lorite, Luis M. Saénz, Belén Saiz, Juan Manuel Vera, José Luis Yuguero.

LOGO: Ana Muiña y Agustín Villalba. MAQUETA: Akilino & Armando

PROPIEDAD Y EDICIÓN: Asociación TRASVERSALES

<http://www.trasversales.net> - trasversales@trasversales.net - ap. 6088, 28080

IMPRIME: Tórculo Artes Gráficas, S.A.

DEPÓSITO LEGAL: C-2456-05. ISSN: 1886-1083

SUSCRIPCIONES: ver <http://www.trasversales.net/susc.pdf>

La opinión colectiva de **Trasversales** se expresa sólo en textos editoriales. Se autoriza el uso de aquellos materiales de cuyos derechos dispongamos, lo que confirmaremos tras aviso previo.

Para suscripciones, escribid a trasversales@trasversales.net

Web: trasversales.net --- Correo: trasversales@trasversales.net --- Twitter: @trasversales

Facebook: facebook.es/trasversales --- dirección postal: ap. 6088, 28080 Madrid

consejo internacional de apoyo

La pertenencia a este Consejo no implica compromiso con la labor editorial, la línea general o el contenido y criterios de selección de los artículos publicados. Muchos de sus miembros lo eran ya durante la primera etapa de la publicación (1989-2005).

Pilar Miró (1940-1997)	Cristina Almeida	Boris Kagarlitsky
José A. Valente (1929-2000)	Vicent Alvarez	Adam Keller
Eugenio Royo (1931-2001)	Ana Belén	Veronique Kleck
José M. de la Parra (1952-2001)	Fernando Ariel del Val	Raúl Kollman
Laurent Schwartz (1915-2002)	Alejandro Arizkun	Tamas Krausz
Ignacio Iglesias (1912-2005)	Enrique Baquedano	Bernard Langlois
Pierre Broué (1926-2005)	Aaron Barnea	José Manzanares
Joel James Figarola (1942-2006)	Rui Bebianco	Bill Marshall
Jesús Cos Causse (1945-2007)	José M. Benítez de Lugo	Rosa Martínez
Leopoldo Alas (1962-2008)	Jacobo Bermejo	José Enrique Martínez
Phyllis Jacobson (1922-2010)	Alain Caillé	Jean-Luc Mélenchon
Wilebaldo Solano (1916-2010)	David Casacuberta	Vicente Molina Foix
Jean-René Chauvin (1919-2011)	Antoni Castells Durán	Juan Moreno
Alex Falconer (1940-2012)	Carmen Castro	Manuel Núñez Encabo
Francisco Fernández Buey (1943-2012)	Marisa Castro	Awilda Palau
Isidro Guardia Abella (1921-2012)	Reinaldo Cedeño	Rosana Pastor
Maurice Nadeau (1911-2013)	Linda de Sousa	María Pazos
José M ^a Mendiluce (1951-2015)	Luis Antonio de Villena	Luis Alejandro Pedraza
Gonzalo Puente Ojea (1924-2017)	Elías Díaz	Pedro Pérez Ramírez
Juan Goytisolo (1931-2017)	Javier Doz	Miguel Serras Pereira
Ándres Sorel (1937-2019)	Javier Esteinou	Gilles Perrault
Immanuel Wallerstein (1930-2019)	Rafael Estrella	Ángel Requena
	Sam Farber	Laura Restrepo
	Rafael Feito	Christian Retamal
	Benjamín Forcano	Manuel de la Rocha
	Vasco Franco	Peter Rossman
	Antonio Gala	Fanny Rubio
	Dan Gallin	Antonio Ruiz
	Vicent Garcés	Pedro Sabando
	Pere Gimferrer	Robinson Salazar
	José A. Gómez Yáñez	Víctor Manuel San José
	Carlos Gómez Gil	Carlos Sánchez
	Juan González Díaz	Marisol Sánchez Gómez
	Enrique González Macho	Mariano Sánchez Soler
	Jordi Gordon	José M. Sánchez Zegarra
	Ramón Górriz	Carlos Téllez
	Isabel Gutiérrez Arijá	Anne Vernet
	Esteban Ibarra	
	Miguel de Julián	

De la Commune a la República Universal

En este "monográfico 2021" de Transversales no hay nostalgia ni "conclusiones" anacrónicas sobre lo que "la Comuna debería haber hecho". *Kristin Ross* propone considerar la Comuna de 1871 como un recurso para abrirnos hacia nuevos "futuros posibles". *Michèle Riot-Sarcey* nos advierte contra la nostalgia de lo no vivido y nos invita a una rememoración que dé nueva vida a fragmentos perdidos u olvidados. No se trata de qué "debió" hacer la Comuna, cuya acción y aspiraciones nos resume y resitúa *Juan Manuel Vera* más allá de las polémicas tradicionales. Se trata de qué hacemos con el "recurso" Comuna.

Si hemos querido acercarnos a lo ocurrido hace 150 años no es para imitar. Pensamos que conocer mejor ese acontecimiento humanizador puede influir en nuestros sentipensamientos y hacernos indirectamente algo más capaces para comprender y contribuir a cambiar nuestro mundo.

Ninguna táctica genial habría conducido a la victoria de París contra la alianza del viejo mundo aristocrático y del nuevo oligárquico en ciernes, salvo que el resto de Francia e incluso Alemania se hubieran contagiado de la revolución comunalista. Quizá la Comuna lo supiera: "Francia debe desarmar a Versalles con la manifestación solemne de su irresistible voluntad. (...) ¡que sea nuestra aliada en este combate que no puede acabar más que con el triunfo de la idea comunal o la ruina de París!" (declaración al pueblo francés, 19/4/1871). La brecha entre París y las provincias no pudo cerrarse y los versalleses llevaron a cabo una salvaje matanza, como describen *Léodile Béra*, *Paule Mink* y *Vera*.

Si la Comuna puede sernos "recurso" es por un *exceso de sentido* que desbordó su tiempo y el nuestro, desde lo social, lo vital, lo común humano, hasta el punto de que los cálculos tácticos sobre la oportunidad de rebelarse jugaron un papel subordinado ante un "queremos lo imposible" esencial, más allá de programas, estrategias o facciones. La Comuna salió de un terremoto en el imaginario social que llevó a que la aspiración a una vida dignamente humana -aquí y ahora, aunque se pueda perder la vida en ello- pasa por encima de cualquier otra consideración. A ese impulso colectivo el pueblo sirio alzado contra Al Assad lo resumió en *Dignidad*, el París de 1871 en *República Universal*, las mujeres afganas dando nuevo significado a una antes insignificante bandera.

República Universal no era consigna, era voluntad de vivir y sentir de otra manera. República Universal fue la Idea, el sentipensamiento colectivo de la Comuna, un vínculo con la humanidad sufriente, una manera plena y universalista de entender ese *libertad, igualdad, fraternidad* manipulado y burlado. Pudiera parecer paradójico el matrimonio entre el municipalismo descentralizador de la Comuna y su aspiración a la República Universal. La Comuna de l@s *federales* afirmaba su autonomía, y la de cualquier otro municipio, ante la centralización despótica propia del Imperio, la monarquía y el provisional Gobierno de la Defensa Nacional, y entendía la unidad y la Patria como "la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales, el concurso espontáneo y libre de todas las energías individuales hacia un objetivo común, el bienestar y la seguridad de todos". A la vez, la insurrección popular de obreros y artesanos, de mujeres y hombres, de tenderos y sastres y educadores, fue más allá de la "República democrática y social" pedida en junio de 1848, para subsumirla en *República Universal*, por la que, en las calles de París, luchaban codo a codo franceses con exiliados polacos, italianos y de otros orígenes. Esa originalidad municipalista/universalista quizá contenga una intuición sobre la posibilidad de instituciones democráticas de autogestión social no identificables con "el Estado soberano" ni con la ausencia de instituciones, y nos desafía a indagar instituciones no basadas en la división jerárquica entre dirigentes y dirigidos, así como a vernos como especie humana.

Sin derecho a voto bajo la propia Comuna de París y sin acceso al Consejo Comunal, las mujeres tuvieron en ella una relevancia de la que empezamos a ser conscientes tardíamente, pese al homenaje que en 1872 Rimbaud rindió a las comuneras "dobladoras de espina-zos" y a que *Benoît Malon* se esforzó en resaltarlo muy poco después de la derrota. *Ana Muíña* destaca ese lugar de las mujeres en la Comuna. No en vano la Union des Femmes, creada por *Nathalie Le Mel* y *Elisabeth Dmitrieff*, fuera la más importante de las experiencias asociativas creadas durante la Commune. Una entrevista reciente con *Mathilde Larrière* incide en ese aspecto, muy presente en este monográfico como podrá comprobar cada lector(a).

Aunque fueron pocos los escritores "conocidos" comprometidos con la Comuna, esta no podía dejar de cuestionar el lugar del arte en la sociedad, así como la estructura y arquitectura urbana y los modos de vivir, destacando la confluencia de artistas y artesanos cualificados en la efímera Federación de Artistas, que en su manifiesto decía "Vamos a cooperar esforzándonos por nuestra regeneración, el nacimiento del lujo comunal, esplendores futuros y la República Universal". De nuevo, en la idea del *lujo comunal* hay un exceso de sentido similar al de República Universal. Esa dimensión de la Comuna es la que exploran *Karin Ross* y *Enrique Bienzobas*. Y no puede dejar de espolearnos hoy, bajo la amenaza y certidumbre de graves desastres ambientales y sociales en las próximas décadas a consecuencia de la lógica de la "expansión indefinida", para pensar y a actuar en torno a la Idea fuerte de una buena vida para tod@s en condiciones tan desfavorables.

La Comuna fue un acontecimiento, pero no algo aislado en el tiempo, sin antes ni después. En tanto que no cabe atribuir un determinismo histórico a su aparición, como si no fuese algo radicalmente nuevo sino solo el paso a acto de lo ya existente en potencia, podemos decir que se trató de una creación social "de la nada", pero no "en la nada", porque todo lo verdaderamente nuevo surge con condicionantes, implicando a lo que "ya estaba", pero generando significación nueva. *Maurice Dommanget* explora algunos de esos condicionantes, en particular la contribución a la Idea de la Comuna hecha por el cruce y cooperación en ella de diversas y diferentes concepciones sociales. ¿Y después? ¿Esos momentos se perdieron en el tiempo, "como lágrimas en la lluvia"? *José Luis Carretero*, a partir de la experiencia del sindicalismo revolucionario francés viene a decirnos que no, o, al menos, que no tiene que ser así.

La Comuna de París, pero también la riqueza y diversidad de los "socialismos" del siglo XIX, no es "perro muerto" si nos aproximamos de manera adecuada, sin someter el tiempo de la Comuna y el nuestro a equivalencias anacrónicas. Ante los desafíos civilizatorios que nos plantean la desigualdad social, la catástrofe climática y la barbarie patriarcal (¿a nadie le importa Afganistán?), en tiempos de alto riesgo, de "alerta roja", rememorar - insistimos, no imitar- la República Universal, el Lujo Comunal y la Unión de las Mujeres puede ser un buen recurso, entre otros, para contribuir a generar condiciones en las que sea posible, solo posible, que surja y prenda desde la acción colectiva esa Idea, o mejor esas Ideas, por las que merezca la pena intentarlo en común ahora y nos capaciten para construir soluciones, aunque sean parciales, y también para que al movernos en lo inmediato dispongamos de algunos horizontes que no sean "utopías" para el futuro sino brújulas que nos orienten. Para que la acción y la Idea desplieguen todas sus capacidades deben encontrarse, sin privilegio. Ya nos dijo Carlos Edmundo de Ory eso de que "Deja los sueños mórbidos enfréntate en las calles". Enfrentarnos con los abusos, enfrentarnos con los privilegios, enfrentarnos con los poderosos, enfrentarnos con nuestros propios dogmas y carencias, con nuestras soledades y dolores, con nuestras dificultades para cooperar.

Comuna, República Universal, Humanidad: 1871 París, 2021 Kabul

Amies et Amis de la Commune de Paris 1871

Cronología de la Comuna de París

Original en francés de esta cronología: <https://bit.ly/3fJmKSv>

Basada en la cronología establecida por Claude Latta en *La Commune de 1871 – L'événement, les hommes et la mémoire*, actas del coloquio de Précieux y Montbrisson, 15 y 16 de marzo de 2003. Publicación de la Université de Saint-Etienne, 2004.

1870: Guerra, asedio de París y comienzo del movimiento revolucionario

- 19 julio: declaración de guerra de Francia a Prusia.
- 2 septiembre: Derrota en Sedan. Capitulación del ejército de Mac Mahon en Sedan. Napoleón III es hecho prisionero.
- 4 de septiembre: el Palais-Bourbon es invadido por manifestantes. Proclamación de la República en el Ayuntamiento de París. Formación de un gobierno de Defensa Nacional presidido por el general Trochu.
- 5 septiembre: formación del Comité Central de los veinte distritos a partir de sus comités de vigilancia
- 15 septiembre: El primer *affiche rouge* [cartel rojo], firmado por los miembros del comité central de los veinte distritos, llama a la guerra hasta sus últimas consecuencias y al levantamiento masivo en los departamentos. Las negociaciones Bismarck-Jules Favre fracasan en Ferrières.
- 19/20 septiembre: asedio de París por 180.000 prusianos.
- 28 septiembre: capitulación de Estrasburgo.
- 7 octubre: el ministro del Interior, León Gambetta, escapa de París en un globo. Llega a Tours desde donde intenta organizar un ejército.
- 27 octubre: el mariscal Bazaine capitula en Metz.
- 28/30 de octubre: derrota francesa en la primera batalla de Bourget.
- 31 octubre: jornada insurreccional en París. Gustave Flourens y los tiradores de la Guardia Nacional de Belleville toman el Ayuntamiento, del que son desalojados a última hora de la tarde.
- 1 noviembre: varios insurgentes son arrestados, a pesar de las promesas hechas.
- 3 noviembre: referéndum en París confirma los poderes de Defensa Nacional del gobierno.
- 5/7 de noviembre: elecciones de las municipalidades de distrito.
- 2/3 diciembre: dispersión del primer ejército del Loira en Patay y Artenay. Los alemanes recuperan Orléans.
- 3 diciembre: fracaso del intento de atacar las líneas alemanas (batalla de Champigny).
- 21/22 diciembre: fracaso de nuevo intento de salida ofensiva (2ª batalla de Bourget).

1871: El fin de la guerra y la Comuna

- 5 enero: comienzo del bombardeo de París por parte de los prusianos.
- 6 enero: segundo *affiche rouge* del Comité Central de los 20 distritos, llamando a la formación de la Comuna.
- 3/17 enero: derrotas de los ejércitos de Gambetta en el Norte, el Loira y el Este.
- 18 enero: Guillermo II es proclamado emperador de Alemania en la galería de los espejos de Versalles.
- 19 enero: derrota francesa en la contraofensiva de Buzenval y Montretout. Derrota del Ejército del Norte en Saint-Quentin.
- 21 enero: miembros de la Guardia Nacional liberan a Flourens y a otros detenidos en Mazas. Flourens vuelve a instalarse en el ayuntamiento distrital de Belleville.
- 22 enero: el general Vinay reprime un intento de rebelión en la plaza del Ayuntamiento de París. Las tropas disparan contra los manifestantes causando 5 muertos.
- 28 enero: Se firma el armisticio.
- 29 enero: Derrota del Ejército del Este, cuyos restos se refugian en Suiza.
- 8 febrero: Elección de la Asamblea Nacional: 36 de los 43 diputados del entonces departamento de La Seine son republicanos hostiles a la capitulación.
- 15 febrero: Constitución provisional de la Federación de la Guardia Nacional.
- 17 febrero: en Burdeos, donde se reúne la Asamblea Nacional, Adolphe Thiers es nombrado jefe del poder ejecutivo.
- 24/26 febrero: Manifestaciones de miembros de la Guardia Nacional en la Bastilla.
- 26 febrero: firma en Versalles de un pacto preliminar de paz que prevé la pérdida de Alsacia-Lorena.
- 1 marzo: Se ratifica dicho pacto en la Asamblea Nacional de Burdeos con 546 votos a favor, 107 en contra.
- 1/3 marzo: los alemanes entran en París y ocupan los Campos Elíseos.
- 3 marzo: el general d'Aurelle de Paladines, acusado por los republicanos de ser el responsable de la derrota del Primer Ejército del Loira, es nombrado comandante de la Guardia Nacional.
- 7 marzo: el Monte de Piedad recupera su funcionamiento anterior.
- 10 de marzo: supresión de la moratoria de pago de alquileres y de la paga a la Guardia Nacional. La Asamblea decide trasladarse de París a Versalles.
- 11 marzo: el general Vinoy, comandante de las tropas de París, prohíbe varios periódicos republicanos.
- 10/15 marzo: constitución del Comité Central de la Guardia Nacional.
- 17 marzo: Consejo de Ministros presidido por Thiers decide apropiarse de los cañones que hay en Montmartre y hace detener a los principales líderes revolucionarios.
- 18 marzo: comienza la insurrección comunalista. Fracasa el intento de secuestrar los cañones de Montmatre y Belleville. La tropa confraterniza con los insurgentes. Los generales Lecomte y Clément Thomas son matados por la multitud; los oficiales que habían sido detenidos por la Guardia Nacional quedan en libertad al día siguiente. Las autoridades evacúan París y el Comité Central de la Guardia Nacional se instala en el Ayuntamiento.
- 19 marzo: Proclamación de la Federación de la Guardia Nacional. El Comité Central de la Guardia Nacional anuncia elecciones para la Comuna.
- 19/24 marzo: fracasan las negociaciones para evitar la guerra civil entre los presidentes de distrito y diputados de París, por un lado, y el Comité Central de la Guardia Nacional, por otro. Los presidentes de los distritos son recibidos con abucheos en la Asamblea Nacional.
- 22 marzo / 4 abril: movimientos comunales en Lyon (22-25 de marzo), Marsella (23 de marzo a 4 de abril), Narbonne (24 de marzo), Toulouse (24-27 de marzo), Saint-Étienne (24-28 de marzo), Creusot (26 de marzo)....
- 26 marzo: elecciones a la Comuna de París.
- 27 marzo: se comunican los resultados de las elecciones a la Comuna de París.
- 28 marzo: proclamación de la Comuna de París en el Ayuntamiento.

- 29 marzo: la Comuna nombra 10 comisiones. Abolición del reclutamiento obligatorio y los ejércitos permanentes. Se condonaron los alquileres del periodo bajo cerco prusiano comprendido entre octubre 1870 y abril 1871 y se suspendió la venta de objetos pignorados en el Monte de Piedad.
- 2 abril: separación de Iglesia y Estado. Ofensiva de los versalleses en Courbevoie.
- 3/4 abril: fracasa el intento de contraofensiva federada en Rueil, Bougival y Châtillon. Flourens y Duval son hechos prisioneros y fusilados sin juicio.
- 6 abril: en respuesta a esas ejecuciones, la Comuna vota el decreto de rehenes. Mac Mahon es nombrado comandante en jefe del ejército de Versalles.
- 11 abril: comienzan las operaciones del ejército versallés. Constitución de la Unión de Mujeres para la Defensa de París y para la Atención de Heridos.
- 12 abril: decreto sobre deudas: se suspenden las actuaciones judiciales.
- 16 abril: decreto de requisa de los talleres abandonados.
- 17 abril: moratoria sobre créditos.
- 19 abril: votación en la Comuna de la Declaración al pueblo francés.
- 24 abril: requisa de casas abandonadas.
- 27 abril: decreto que prohíbe a los empleadores el sistema de multas y deducciones salariales.
- 28 abril: publicación del Llamamiento al pueblo de los campos. Prohibición del trabajo nocturno en panaderías. Formación de una comisión para organizar la educación laica, primaria y profesional.
- 30 abril: dimisión de Cluseret, delegado de guerra, sustituido por el coronel Louis Rossel.
- 1 mayo: creación por la Comuna del Comité de Salvación Pública.
- 7 mayo: devolución gratuita de los objetos pignorados en el Monte de Piedad y valorados en menos de 20 francos.
- 9 mayo: los versalleses toman el fuerte de Issy.
- 10 mayo: Rossel dimite, siendo sustituido al día siguiente por Delescluze.

- 15 de mayo: Llamamiento de la Comuna a las grandes ciudades de Francia. La minoría de la Comuna rechaza las desviaciones autoritarias del Comité de Salvación Pública.
- 16 mayo: demolición de la Columna Vendôme.
- 19 mayo: decreto sobre la laicización de la educación.
- 21 mayo: tropas versallesas entran en París por la puerta de Saint-Cloud. Delescluze lanza un llamamiento a la Resistencia.
- 21/28 mayo: Semana Sangrienta. Miles de comuneros ejecutados sin juicio. Masacres e incendios. Los rehenes son ejecutados. Últimas barricadas en el Este de París.
- 29 mayo: rendición del fuerte Vincennes que estaba en manos de los comuneros pero que no había participado en la guerra civil. Varios oficiales son fusilados.
- Junio: inicio de los consejos de guerra.
- 28 noviembre: ejecución de Rossel, Ferré y del sargento Bourgeois en el campo de Satory.

Las secuelas de la Comuna

- 14 marzo 1872: disolución general de la Guardia Nacional. La Ley Dufare prohíbe la pertenencia a la Internacional.
- 3 mayo 1872: salida de los primeros deportados a Nueva Caledonia.
- 29 septiembre 1872: llegada de dichos deportados a Numea (Nueva Caledonia).
- 30 enero 1875: votación de la enmienda de Wallon en la Asamblea Nacional que, de hecho, saca a la República del estatus provisional en que se encontraba.
- Febrero y marzo 1876: los republicanos obtienen mayoría en la Asamblea Nacional.
- 3 marzo de 1879: votación de una ley de amnistía parcial.
- 23 mayo de 1880: primera conmemoración de la Comuna en el muro de los federados.
- 11 de julio de 1880: ley de amnistía total.

Jornadas sobre La Comuna
Fundación Andreu Nin
Escuchando a La Comuna de París

Con motivo del 150 aniversario de la Comuna de París, la Fundación Andreu Nin va a realizar durante los meses de octubre y noviembre (la fechas precisas y los lugares se anunciarán con tiempo) una serie de debates que con el título genérico de **Escuchando a LA COMUNA** busca no sólo rememorar el levantamiento del pueblo de París sino sobre todo repasar el conjunto de ideas, propuestas y concepciones que surgieron en 1871 y que han fecundado en las luchas sociales durante más de siglo y medio y que hoy nos ayudan a avanzar en el confuso mundo de hoy.

La actividad se estructurará en cuatro mesas de debate y encuentro:

a) El significado histórico de La Comuna de París

El papel de la Comuna en la historia del movimiento obrero: significado y enseñanzas

b) La Comuna de París: actualidad y paradigma político

Una reflexión actual sobre el paradigma político que supuso La Comuna y sobre los actuales paradigmas.

c) Las mujeres de La Comuna

La presencia, el pensamiento y la acción de las Comuneras: André Leó, Nathalie Le Mel, Louise Michel, Elisabeth Dmitrieff, Anna Jacard, Paule Mink...

d) Valores de la Comuna y los valores actuales de los jóvenes (solo para menores de 30 años)

Esta mesa se plantea como una indagación y puesta en común de los valores actuales de los jóvenes. Para ello invitaremos a jóvenes (menores de 30 años) de ámbitos y experiencias diferentes en un debate libre.

Entre otras personas, se ha invitado ya a Monserrat Galcerán, José Luis Moreno Pestaña, Juan Manuel Vera, Ana Muiña, Pilar Arias, Luis M. Sáenz, Irene Vigil, Sonia Turón, Jorge Nuño, Manuel Garí, José Luis Carretero, Rubén Caravaca, Cristina Monge...

Juan Manuel Vera

Entre la realidad histórica y las imágenes: la Comuna de 1871

“Esta ley del capital es de naturaleza aristocrática, pues tiende cada vez más a concentrar el poder en pocas manos; es inevitable que cree una oligarquía, dueña de las fuerzas nacionales. No solo es antiigualitaria, sino también antidemocrática, y sirve a los intereses de unos pocos en contra de los intereses de todos. Es una de las expresiones de esa concepción del pasado, nada nueva, según la cual, en la tierra como en el cielo, en la religión como en la política, solo se admite a unos pocos elegidos” (André Léo, 1871)

Puede leerse una versión más extensa de este texto en:

<http://trasversales.net/t56jmv1871.pdf>

La caída del Segundo Imperio se produjo el 4 de septiembre de 1870. Entre el 18 de marzo y el 26 de mayo de 1871 tuvo lugar la experiencia de gobierno autónomo de París frente a la Asamblea Nacional y el gobierno de Adolphe Thiers, que culminó en su aplastamiento violento.

Para evaluar el significado de la Comuna de París y la función que ha cumplido en los paradigmas políticos de la izquierda revolucionaria no se deben olvidar los hechos históricos auténticos pues, a veces, las imágenes construidas en referencia a los mismos son mucho menos transparentes de como se presentan y se produce una fuerte disociación entre el discurso político sobre el acontecimiento y su historicidad. La interpretación de la Comuna de París con las categorías utilizadas por el marxismo, y también por el anarquismo, en las décadas posteriores, proyecta unas visiones sociales muy distintas de aquellas que tenían sus protagonistas.

La naturaleza de la Comuna

En el desencadenamiento de los hechos que condujeron a la Comuna está presente, de forma muy significativa la reclamación del autogobierno de París. La ciudad, en su condición de capital, no tenía derecho a elegir su propio ayuntamiento, y su alcalde era nombrado por el gobierno. Para la experiencia histórica comunera fue importante el proyecto de erigir a la ciudad como marco de la transformación de la sociedad francesa en unas condiciones especiales, las de la derrota del ejército en la guerra franco-prusiana.

La Comuna fue un movimiento federalista. Su defensa de la autonomía de París y sus llamamientos a la reconstrucción del Estado francés a través de la federación de comunas libres asociadas constituyen elementos esenciales. "Para los *communards*, la victoria, y por lo tanto la consecución de sus objetivos, era la realización del proyecto descentralizador y federalista, la transformación radical de la sociedad en un conjunto de asociaciones libres" [Lefebvre, Henri: *La proclamación de la Comuna. 26 de marzo de 1871*, Pamplona, Katakarak, 2021, p. 430]. En otras ciudades francesas también se produjeron intentos de constituirse en comunas.

No fue el único movimiento de esta naturaleza en ese momento histórico. El movimiento cantonalista desarrollado poco tiempo después en España tenía una naturaleza muy próxima a la de la Comuna. La experiencia revolucionaria española de 1868-1874, y sus movimientos federales y cantonales, formaron parte de la oleada que la Comuna de París abrió. Sin embargo, la memoria del movimiento federal, comunal y cantonalista se ha borrado radicalmente de la memoria española [Moissand, Jeanne: "Los ecos españoles de la Comuna. La República federal y social entre Francia y España alrededor de 1871", en Urban, Miguel y Pastor, Jaime; *¡Viva la comuna!*, Bellaterra ediciones, 2021, p.227].

Henri Lefebvre destaca, acertadamente, la complejidad de la Comuna. "La Comuna es

un acontecimiento político complejo en el que se articulan y se entretajan tiempos y espacios discordantes y muchas motivaciones políticas estrechamente relacionadas entre sí: un movimiento de revuelta patriótica contra la ocupación extranjera, una sublevación del movimiento republicano contra el Estado parasitario y un movimiento revolucionario contra la burguesía y el capital" [Lefebvre, op. cit., p. 20]. Esos niveles patriótico-nacional, federalista-republicano y socialista-antioligárquico, junto a la reclamación del autogobierno de París y a un componente anticlerical, están profundamente imbricados y considerados conjuntamente facilitan un acercamiento a la esencia del acontecimiento, es decir a las acciones y motivaciones de sus protagonistas.

La Comuna fue un movimiento del pueblo de París. La naturaleza auténtica de la Comuna fue patriótica (la defensa de París), popular (defender los derechos del pueblo parisino), republicana, democrática y claramente plebeya. La Comuna fue producto de un París de artesanos, trabajadores, pequeños comerciantes y pobres. Fue una revolución de zapateros, en expresión de Frank Jellinek. Esa naturaleza plebeya, *la canaille*, que Thiers y sus aliados percibieron desde el primer momento, explica, en parte, el violento odio de clase con que los versalleses atacaron a los comuneros.

La proclamación de la Comuna el 28 de marzo de 1871 fue consecuencia de la elección de un órgano representativo del pueblo de París elegido por sufragio universal de los varones. En ningún momento un sector de vanguardia se proclamó representante del pueblo de París, ni siquiera el Comité Central de la Guardia Nacional, que tras la insurrección del 18 de marzo era el único poder efectivo y que convocó elecciones para pocos días después, para el 26 de marzo.

La Comuna no se gobernó mediante instituciones de democracia directa. La Comuna se estableció alrededor del principio representativo. Las bases políticas funda-

mentales de la Comuna fueron, pues, el sufragio universal y el proyecto de una república construida por una federación de las comunas. El gobierno de la Comuna se combinó con una fuerte participación popular en comités y otros órganos que expresaban una pulsión hacia formas de autogestión social. Pero el poder comunal no fue un poder ejercido de modo asambleario y se basó en la representación. Los mecanismos organizativos directos y la elección de delegados revocables se circunscribieron a las organizaciones populares, incluida la Guardia Nacional.

La Comuna se dotó de instrumentos institucionales improvisados durante el período de 72 días en que existió, la mayor parte de ellos en plena guerra civil contra los versalleses. En cualquier caso, los órganos de gobierno de la autonomía de París fueron incipientes, poco desarrollados y condicionados por la presión militar. Es un abuso interpretativo considerar los órganos de poder institucional de que se dotó la Comuna a partir del 18 de marzo como constitutivos de una forma instituyente desarrollada.

También es un exceso interpretativo, producido en el análisis de distintas revoluciones, equiparar los órganos de lucha creados espontáneamente por el pueblo (el Comité Central de la Guardia Nacional, los comités de barrios, etc.) con la forma institucional desarrollada de un poder popular.

La Comuna adoptó, entre otras, las siguientes decisiones:

- Proclamación de la Comuna, defensa de la República y propuesta descentralizadora con un llamamiento a la federación con las comunas libres de Francia. La declaración al pueblo francés de 19 de abril es la más explícita de sus pronunciamientos en su contenido republicano y federalista.

- Suspensión del pago a los inquilinos de los alquileres de los *meses anteriores* a abril de 1871.

- Suspensión del monte de piedad.

- Fijación de un sueldo máximo para los cargos públicos y funcionarios.

- Las empresas o talleres abandonados por sus propietarios serían gestionados por cooperativas o asociaciones de los trabajadores sin perjuicio de la indemnización a sus propietarios.

- Separación de la iglesia y el poder civil y aprobación de una educación laica.

Las medidas de la Comuna no se dirigieron contra la propiedad privada ni reflejaban un programa anticapitalista radical. Fueron en su mayor parte medidas que expresaban las reivindicaciones plebeyas y republicanas del pueblo de París. Es equivocado ver en medidas como la gestión por los trabajadores de las empresas abandonadas la aplicación de un programa socialista colectivista. Retrospectivamente, señala Lefebvre: "La mayoría de las medidas preconizadas por la Comuna de París y por las que se le muestra un merecido reconocimiento podían aplicarse en una democracia burguesa" [Lefebvre, op. cit., p. 426].

Lo más inaceptable para la oligarquía dominante, heredera del régimen de Luis Bonaparte, reaccionaria y clerical, era el protagonismo popular y la pretensión plebeya de reconstruir la sociedad política en base a una soberanía nacional edificada desde abajo y no desde las élites.

El significado de la represión contra la Comuna

La ferocidad de la represión contra la Comuna fue una consecuencia del odio de la oligarquía francesa contra un movimiento plebeyo que le disputaba la hegemonía y el control de la naciente República. Sin embargo, esa brutalidad, que no fue improvisada sino planificada, ha sorprendido a los historiadores, especialmente porque no se correspondía con los actos de la Comuna, que intentó evitar la guerra civil.

El escarmiento de París y de los parisinos, especialmente de sus distritos pobres, se asimiló entre los partidarios de Thiers con los métodos empleados para el mantenimiento del orden colonial. Muchos de los generales y oficiales del ejército versallés estaban curtidos en las guerras coloniales

del norte de África (y también en México y China). El comandante en jefe era el mariscal Patrice de Mac Mahon, un veterano de la guerra colonial de conquista de Argelia. Asimilaron a los comuneros con la población colonial y justificaron así la masacre de prisioneros o comuneros solo por serlo. A medida que se desarrolla el conflicto se acentúa esa asociación. "Cada vez más, uno de los tropos de *la guerra contra París* y sus plebeyos insurgentes era el de la batalla contra un pueblo inferior. Esa idea, tan presente en el discurso colonial emergente, se aplicaba ahora a los comuneros" [Merriman, John; *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, Madrid, Siglo XXI, 2017, p.195]. Tanto los oficiales como sus soldados con experiencia colonial asociaban a los parisinos con los bárbaros, en un proceso de deshumanización del enemigo, que facilitara su exterminio. También fue un pensamiento habitual entre los burgueses y los restantes partidarios del *orden*, incluidos los literatos anticomuneros. Por ejemplo, el escritor Alphonse Daudet dijo que durante la Comuna París había caído *en poder de los negros* [Merriman, op. cit., p. 311].

La salvaje e indiscriminada represión contra los comuneros supuso durante la Semana Sangrienta el fusilamiento de muchos miles de prisioneros y de numerosos parisinos sospechosos de simpatizar con la Comuna o por su origen de clase. La oligarquía burguesa consideró que la *enfermedad* social de París necesitaba una fuerte *sangría*.

Aunque este tipo de matanzas no carecía de precedentes en la historia europea superó en su dimensión otras represiones, como la de 1848. Puede considerarse que la guerra franco-prusiana de 1871 y la guerra civil anticomunera presagiaron los desastres exterministas que se abatirían sobre Europa en la primera mitad del siglo veinte. "Si la Comuna de París de 1871 puede ser vista como la última de las revoluciones del siglo XIX, la sistemática represión estatal asesina que la siguió ayudó a desatar los

demonios del siglo XX. Este es quizás un legado mayor de la Comuna de París que el de un movimiento por la libertad emprendido por la gente corriente" [Merriman, op. cit., p. 378].

Recapitulación

Los testigos y participantes en la Comuna construyeron sus relatos como una prolongación de su visión ideológica tanto previa como de su evolución posterior, que los llevó a decantarse hacia el republicanismo federalista, hacia el marxismo o al anarquismo ya fuera en su forma de comunismo libertario o de colectivismo anarcosindicalista.

Roberto Ceamanos plantea una disyuntiva interpretativa. "¿Estábamos ante la última revolución plebeya o la primera proletaria? El republicanismo radical consideraba a la Comuna el último movimiento popular que cerraba un proceso revolucionario iniciado en 1789. Por el contrario, la tradición socialista la presentaba como el primer gobierno proletario de la historia" [Ceamanos, Roberto; *La Comuna de París (1871)*, Los libros de la Catarata, 2014, p. 206]. Efectivamente, Marx y Engels presentaron a la Comuna como la primera revolución obrera o socialista. En el marxismo revolucionario la interpretación de la Comuna como ejemplo, y como contraejemplo, tuvo importancia constitutiva en determinadas tesis de Lenin, véase *El estado y la revolución*, o en la defensa del bolchevismo por parte de Trotski.

También se convirtió en un acontecimiento ejemplar en el ámbito anarquista, a partir de las lecturas de Bakunin y Kropotkin, integrado en la evolución antipolítica del anarquismo en las décadas posteriores.

Del mismo modo, la memoria de la Comuna cumplió una función en la consolidación del republicanismo centralista de la Tercera República francesa, donde estuvo presente tanto el intento de ahuyentar su espectro federalista como el de dar cumplimiento a algunas de sus expectativas, por ejemplo, el laicismo.

En cualquier caso, más allá de las numerosas controversias que recorren la historia de la Comuna está la memoria positiva del pueblo y de la insurrección de un París plebeyo que se vio a sí mismo como la encarnación de una nueva República social. También la memoria negativa de la salvaje represión con que Thiers y las fuerzas versallesas trataron de erradicar de raíz esa experiencia en nombre de las élites sociales.

El imaginario de la izquierda revolucionaria sobre la Comuna incluye ideas que pueden resultar atractivas, a riesgo de tener una conexión algo alambicada con la experiencia real. Muchos de quienes han escrito sobre la Comuna vieron en ella lo que querían ver, despreocupándose aparentemente de su realidad efectiva. Se ha dicho que la Comuna disolvió la política como función separada de la sociedad o que fue la expresión de un gobierno obrero o de la dictadura del proletariado, o que ejerció el poder mediante una democracia directa, o que su proyecto suponía la desaparición del Estado y de la burocracia, o que proyectó la propiedad común de los medios de producción o un principio comunalista de autosuficiencia productiva local o regional. Nada de ello es completamente exacto ni cierto, pero esos elementos han alimentado unas imágenes de la Comuna que facilitaban su integración en una visión histórica teleológica donde los acontecimientos son secuencias de un futuro ya determinado por una teoría que les da un sentido trascendente por encima de sus protagonistas.

Nathalie Le Mel, obrera feminista

Nathalie Duval (1826-1921), luego Le Mel o Lemel, nace en Brest y vive allí hasta que, con su marido, encuadernador, abre un negocio de encuadernación y librería en 1849 en Quimper, donde fue conocida por su pensamiento socialista (en sentido amplio), hasta su traslado a París en 1861; ya en la capital, vende libros y trabaja como obrera encuadernadora, participando en la huelga del sector entre finales de agosto y finales de septiembre de 1864, con logros relevantes, pocos meses después anulados por los empresarios, estallando una nueva huelga, en la que Nathalie fue integrante del comité de huelga y delegada sindical y defendió la igualdad salarial entre mujeres y hombres pese a la influencia de la tradición proudhonista que proclamaba la inferioridad de las mujeres. Se une a la Internacional.

En 1865-1866 participa en la fundación de la cooperativa de alimentación *la Ménagère*. Tiene papel muy relevante en la gestión y creación de la red de restaurantes obreros *la Marmite* a partir de 1868. Asidua a las reuniones del *club de l'École de médecine*, vinculado a la Internacional y que editó el periódico *La Lutte à outrance*, cuatro números entre el 26 de diciembre de 1870 y el 17 de enero de 1871.

En abril de 1871 se constituye la *Union des femmes pour la défense de Paris et les soins aux blessés*, en la que Nathalie Le Mel tiene papel esencial como fundadora e impulsora junto a Élisabeth Dmitrieff, con Aline Jaquier y Aglaë Jarry (ambas encuadernadoras), Blanche Lefèvre (lavandera, muerta en una barricada), Thérèse Collin (*chaussonnière*, mujeres que completaban los zapatos poniendo la suela), Marceline Leloup (costurera), Herminie Cadolle (obrero corsetera y años más tarde afamada modista), etc. La vida de la Unión des Femmes será tan corta e intensa como la de la Comuna, siendo en ella la más activa e influyente de las organizaciones sociales de base. Intentaron poner en marcha las cámaras sindicales de trabajadoras.

Nathalie, con Dmitrieff, Louise Michel y decenas de mujeres combatieron en las barricadas de Place Blanche, Batignolles y Pigalle. Pasa a la clandestinidad pero es detenida en junio de 1871 y deportada, junto a Louise Michel, a Nueva Caledonia, donde ambas darán apoyo al pueblo canaco contra el colonialismo francés.

Tras la amnistía vuelve a Francia y trabaja como plegadora en el periódico *L'Intransigent*, conservando su compromiso sindicalista, socialista y feminista. Al cumplir 60 años debe dejar el trabajo, agotada físicamente, pero no moralmente; se sabe que en 1905 asistió al entierro de Louis Michel y en 1914 a un encuentro de ex-combatientes de la Comuna, así como a otros eventos similares. También escribió varias cartas a *La Revue Socialiste*, una, en 1886, en defensa del derecho de las mujeres a decidir los trabajos que podían asumir. Durante un tiempo cobró una asignación que el periódico pagaba a sus ex-trabajadores pero tras el cierre del periódico, cuando su propietario, Henry Rochefort, deportado a Nueva Caledonia en el mismo barco que ella, quiso asignarle una pensión, la rechazó porque Rochefort se había hecho seguidor del general Boulanger, un nacionalista fanático.

Nathalie murió el 8 de mayo de 1921 en el hospicio de Ivry-sur-Seine, donde llevaba algunos años, en completa pobreza. Exactamente 50 años después de que los versalleses entrasen en París e iniciasen la masacre.

Más información en: Eugène Kerbaul, *Nathalie Le Mel: Une communarde bretonne révolutionnaire et féministe*, editada por *Le Temps des Cerises éditeurs*.

Alexa Gorzi

Léodile Béra ("André Léo")

La guerra social (fragmento)

Reproducimos un fragmento del discurso de Léodile Béra en 1871 ante la Liga de la paz y de la libertad en Lausana. Puede leerse completo en *La guerra social*, Virus editorial. Es una verdadera joya y bien merece ser adquirida, aunque con su generosidad habitual Virus ha puesto a libre disposición el PDF completo.

www.viruseditorial.net/paginas/pdf.php?pdf=la-guerra-social.pdf

Otra joya editorial relacionada con Léodile es *André Léo, del socialismo utópico a la Comuna de París*, Ana Muiña, La linterna sorda, Madrid, 1921.

Hoy en día, ¿qué sordos no oyen los cañones de París y Versalles? ¿Y esos tiroteos en parques, cementerios, en terrenos baldíos y en las aldeas de los alrededores de París? ¿Qué ciegos no han visto, primero durante el día y más tarde por la noche, esas carretas llenas de cadáveres, o a esos cientos de prisioneros, hombres, mujeres y niños, llevados a la muerte bajo el fuego del pelotón o de las ametralladoras? ¿Y esas largas filas de desgraciados, derrotados, desgarrados, a los que se insultaba, se maltrataba, se obligaba a arrodillarse, para vergüenza de la humanidad, en el camino de Versalles? ¿Quién no oye en su corazón, a menos de no tenerlo, el grito de 40.000 personas trasladadas sin juicio, apiladas cuatro o seis meses en los muelles de nuestros puertos?

Para ocultar estos horrores se han utilizado todas las palabras que el idioma pone a disposición de los retóricos para luchar contra la verdad. Siendo tan culpables, han acusado mucho. Mucho han gritado para no dejar escuchar. Durante cuatro meses, sobre todo en los dos primeros, la calumnia ha extendido desbordante todas esas hierbas venenosas que marcan con el sello de la infamia la causa que abrazan. Y otros, amedrentados bajo el terror reinante, han repetido vilmente esas acusaciones y calumnias. Se ha llamado asesinos a los asesinados, ladrones a los robados, verdugos a las víctimas.

Se puede criticar a la Comuna. Más que nadie, deploro y maldigo la ceguera de los hombres que, con su estupidez e incapacidad, han llevado tan bella causa a la derrota. ¡Qué sufrimiento, día a día, verla perecer! Pero hoy ese resentimiento inspira lástima. Desde mayo tengo que hacer un esfuerzo para recordar los errores de la Comuna. Ya no podemos verlos ante el desbordamiento de crímenes que han pasado por encima de ellos. La profusión de infamias que les han seguido les han hecho honorables en comparación.

Permítanme responder a las dudas que probablemente existen sobre este tema en la mente de muchos, comparando lo más sucintamente posible las acciones de ambas partes. Pues, en mi opinión, ustedes tienen que tomar partido ante este terrible drama, que no ha terminado ni terminará en mucho tiempo, ante el que no se puede ser neutral. No pueden ustedes llamarse Liga de la paz y la libertad y permanecer indiferentes ante estas matanzas, ante esta violencia.

¿De qué se acusa a los revolucionarios de París? De saqueos, asesinatos, incendios. El saqueo de las casas de París es una calumnia firmada por Thiers y expandida en miles de ejemplares pagados con el dinero de Francia para engañar a Francia. No hubo saqueos. Admitamos que hubo medidas financieras cuestionables, aunque quizá menos cuestionables que las de Pouyer-Quertier [capitalista algodónero y ministro de Finanzas entre 25/2/1871 y 23/4/1872]. Hubo algunas confiscaciones arbitrarias, pero enseguida fueron sancionadas y reparadas. Durante los dos meses en que París estuvo completamente en manos de los pobres, reinó el orden, el verdadero orden, el que es tanto seguridad como decencia, un orden diferente al orden del lujo, el despotismo y la corrupción, ese orden de Varsovia que actualmente prevalece en París. Los que vivían allí lo saben.

Las excepciones, aquí y allá, han sido escasas. Solo los sacerdotes fueron objeto de persecuciones personales lamentables que no pretendo excusar, digo la verdad y comparo. Algunas personas les hablarán de los peligros que corrieron. Preguntadles bien, porque ¡sufrieron solo sus propios miedos! Decídesles que os muestren sus heridas.

En algunos servicios, por culpa de algunos agentes, se ha despilfarrado. ¿Las administraciones monárquicas estaban exentas de ello? Todos los servicios estaban desorganizados y se dispuso de menos de dos meses, con batallas diarias, para recrearlos y poner todo en orden. Ciertamente, quedó mucho por hacer, pero no dispusimos de tiempo para ello. Al menos, reinó un gran ahorro general, una gran simplicidad. En el Ministerio de Educación, en lugar de esta tropa de gente con librea que había seguido allí tras el 4 de septiembre de 1870 [proclamación de la III República francesa], solo quedó una mujer de la limpieza, un empleado de la antecámara y un portero.

Desde entonces, ¿qué ha ocurrido en este París bajo el poder de la gente de orden? Todas las casas han sido registradas y allanadas, de arriba abajo, no una vez, sino

dos, tres y cuatro. Y en esos allanamientos con frecuencia se han cometido robos y pillajes. Conozco muchos casos particulares, pero solo citaré uno generalizado. Todos los fusilados fueron despojados de lo que llevaban, dinero o joyas. Y el dinero, y a menudo las joyas, se distribuyó entre los soldados como prima de asesinato.

Bajo la Comuna no se cometieron asesinatos, salvo la ejecución de algunos espías, siete en total, en los puestos avanzados, algo usual en las guerras. Todo el estrépito que hizo la mayoría de la Comuna, todas esas amenazas, todo el pastiche de 1793, consistía solo en palabras, frases, decretos. Simple pose. La ley de los rehenes no se aplicó, gracias a la minoría y, creo también, a la secreta repugnancia de los imitadores del terror, que a pesar de sí mismos eran parte de su tiempo y de su partido, pues la democracia moderna es humana. La ley de los rehenes no se aplicó hasta el 23 de mayo por la tarde, cuando la autoridad de la Comuna ya no existía de hecho, pues la última reunión fue el 22. Estas ejecuciones se llevaron a cabo por orden exclusiva de Raoul Rigault y de Ferré, dos de las más lamentables personalidades de la Comuna, que hasta entonces no habían cesado, siempre en vano, de reclamar medidas sanguinarias. No obstante, hay que decir que esas represalias no se produjeron hasta que pasaron dos días y dos noches de fusilamientos versalleses, durante los cuales la gente de orden había fusilado a centenares de personas hechas prisioneras en las barricadas: hombres que habían depuesto las armas, mujeres, adolescentes de 15 y 16 años, personas sacadas de sus casas, delatadas, sospechosas. ¿Qué más les daba?, no tenían tiempo para investigar cada caso.

Se mataba en masa y se recurrió, para ir más deprisa, a las ametralladoras. Hay bastantes testigos que escucharon sus fuertes traqueteos en el Luxembourg, donde, sobre las aceras que corren junto a sus verjas, los pies resbalaban sobre la sangre. Y también podemos hablar del cuartel Lobau, en el barrio St. Victor, cerca de la Villette...

En cuanto a los incendios, queda mucho por investigar. Pero hay tres cosas que pueden decirse con certeza:

- Esos incendios han sido sobredimensionados, exagerados desmesuradamente y utilizados de manera odiosa con propósitos de venganza.

- Varios de los incendios fueron iniciados por los obuses de los asaltantes.

- Las casas quemadas por los federados lo fueron por necesidades de defensa, no con el fantástico proyecto de quemar París que se les imputa. Los soldados versalleses entraron por las casas contiguas a las barricadas y desde ellas disparaban contra los defensores. Por lo tanto, o se quemaban esas casas o había que renunciar a la lucha. En cuanto a la quema de las Tullerías, la prefectura de Policía, el Palacio de Justicia, la Legión de Honor, etc., no se conoce el nombre de los culpables. Cuando recordamos el primer incendio fallido en la Prefectura de Policía, ocurrido el pasado noviembre, cuando pensamos en el interés que tenía esa gente en destruir algunos papeles, cuando pensamos en los agentes de Versalles que llenaban París, o en la inteligencia de las llamas que han respetado en monumentos y colecciones todo aquello cuya pérdida hubiera sido irreparable, cuando pensamos en la dudosa situación jurídica del poder legal ante Francia, que le era hostil y que, si no aprobaba la Comuna, al menos sí reconoció la legitimidad de las reivindicaciones de París, cuando pensamos en el peligro que conllevaba la aplicación del plan de exterminio dictado por una política a lo Médicis, acariciada por un odio implacable, peligro tal que el vencedor podría sucumbir por su victoria, entonces se entiende que solo un gran crimen atribuido a los federados podría excitar la cólera pública y permitir este exterminio y estas venganzas. Y podemos sospechar que tras el incendio de París se esconde uno de los más terribles misterios que la historia tiene aún que penetrar.

La historia de las repúblicas, como la actual República Francesa, se asemeja mucho, por

desgracia, a la de los imperios. No sale a la superficie ni se expone a la luz. Para quien la ha observado bien, desde el 4 de septiembre esta historia es el desarrollo de una conspiración monárquica, inmediatamente formada, y que entra en guerra contra la República al mismo tiempo que los prusianos.

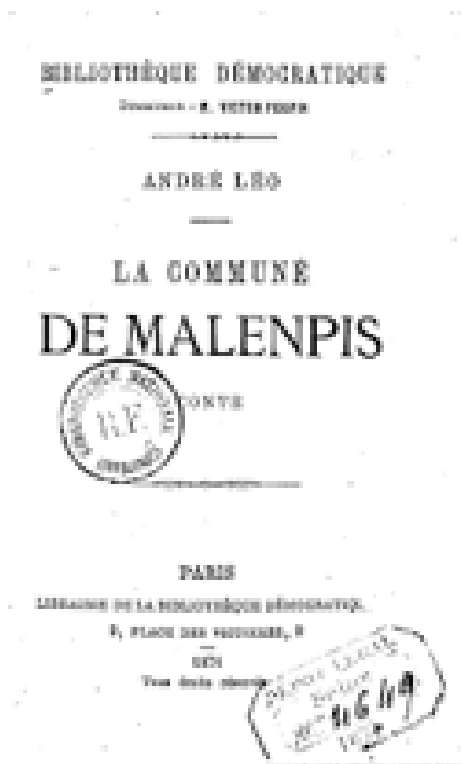
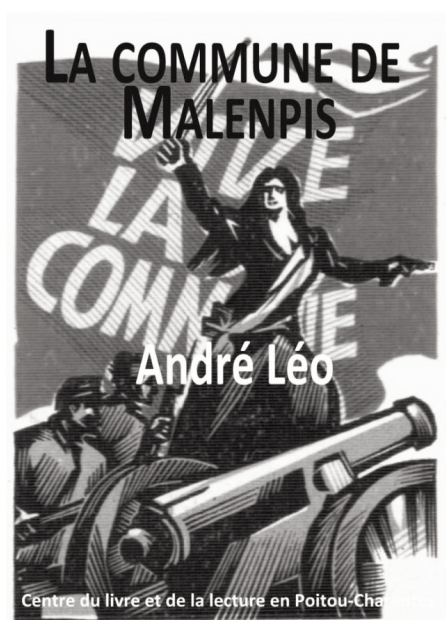
Y esta guerra latente es la principal, pues la otra se convierte en su campo de desarrollo, en su alfombra, y de aquella proviene su resultado. Es bien conocido que los monárquicos, como sus príncipes, nunca tuvieron patria; así les vemos, desde que Francia fue derrotada, arrojándose descaradamente como chacales hambrientos sobre la presa. La primera preocupación de los falsos republicanos del 4 de septiembre no es el enemigo de la nación sino la democracia popular.

Después de todo, Guillermo I de Alemania es un rey; entre los reyes y los conservadores siempre puede alcanzarse un apañío. Lo peor es tener que pagar, pero eso atañe al pueblo. ¡Pero el dominio de tendencias populares! ¡Pero el socialismo! ¡Por dios! ¡Tener al pueblo como amo en vez de gobernarle! ¡Ver en peligro esa dorada ociosidad, conquistada al precio de tantas otras capitulaciones!

Ellos no tienen otro miedo ni otro objeto de preocupación, y por ello sacrificaron a Francia. Para ellos, la República victoriosa, sacando al país del abismo al que había sido arrojado por la monarquía, podría ser el fin del viejo mundo.

París, sobre todo París, les aterroriza. París socialista, París armada, deliberando en sus clubes, en su consejo y autoadministrándose. ¡Liberado el genio al que tuvieron cautivo tanto tiempo, sin dejar de ser peligroso! ¡Qué ejemplo! ¡Qué propaganda! ¡Qué peligro!

Y, además, París es el único lugar donde puede asentarse el trono. Pero el pueblo había ocupado ese lugar, ¡el pueblo en armas! Por lo tanto, era necesario despejar el terreno a cualquier precio.



Paule Mink

La semana terrible

Nota publicada en *Le coup de feu*, n° 22, junio 1887

Paule Mink (1839-1901), comunera y socialista. Antes de la Comuna había formado la Société Fraternelle de l'Ouvrière. Durante la Comuna participó en el Comité de Vigilancia de Montmartre y organizó una escuela gratuita, viajando con frecuencia fuera de París para promover la solidaridad con la Comuna, por lo que la semana sangrienta la pilló fuera de la ciudad. Hasta su muerte mantuvo su compromiso socialista y laicista.

De nuevo ha llegado el aniversario de esa semana siniestra y grandiosa, un aniversario en el que cada día nos recuerda los dolores, la sangre, las masacres, y hace crecer en nuestro cerebro el recuerdo de esas personas heroicas que supieron morir para afirmar su fe revolucionaria, para defender los derechos del pueblo, para dejar un noble y orgulloso ejemplo a quienes vendrían después.

De nuevo ha llegado el aniversario de esa semana cuyos sangrientos datos nos hacen temblar violentamente y meten en nuestra sangre salitre, odio en nuestro corazón y chispas en nuestros ojos.

Ya han pasado 16 años. ¡Cuántas cosas han pasado desde entonces, cuántas etapas recorridas, cuánto camino hecho hacia la emancipación definitiva de los trabajadores!

El coraje para la lucha, la perseverancia en nuestras reivindicaciones, la esperanza en el triunfo final, todo ello lo hemos sacado del recuerdo de nuestros queridos muertos de la Comuna.

La sangre de las víctimas ha sido el rocío fecundo que nos galvaniza. Orgullo y gloria para nuestros héroes plebeyos, masacrados por la rabia de los reaccionarios versalleses y de los cobardes capituladores. Nuestra fuerza procede de vuestra aniquilación, desconocidos fusilados y pobres asesinados. Nuestro triunfo procederá de vuestra muerte.

Ellos, los Thiers, los esbirros de los Gallifet y otros similares como el capitán Garcin creían haber terminado así, de una vez por todas, con las reivindicaciones proletarias. ¡Tantas masacres, tantos ríos de sangre, tantas vidas humanas sacrificadas, tantas víctimas, tantas matanzas!

Y ellos se decían, siniestros y burlones, ante las muchachas y las criaturas asesinadas: "Así está bien, 100.000 víctimas, ahora el socialismo ha muerto y el París revolucionario ha sido aplastado". Y sin siquiera limpiar sus espadas llenas de sangre, se echaron a reír, a emborracharse de poder, de asesinatos y de especulaciones, en una orgía que duró meses y meses.

¿El socialismo muerto, el París revolucionario aplastado? ¿Qué pensáis de ello? ¿No sentís que el gran y heroico París proletario se estremece y vibra todavía ante las ideas de justicia, ante las reivindicaciones de los empobrecidos? El aire parece fuego en este ardiente París, un crisol del pensamiento humano que purifica los egoísmos y que transfigura todo; en esta admirable ciudad, cerebro del universo, el más tosco campesino se transforma pronto y se convierte, también él, en sincero republicano, en ardoroso socialista, en entregado revolucionario.

El París revolucionario está aplastado, dijeron. Pero en todos sus rincones hay recuerdos de la Comuna y de las masacres versallesas que nos conmueven y sacuden, en cada muro, cada casa, cada adoquín, se encuentra la historia de un fusilado en mayo de 1871. Para aniquilar al París revolucionario sería necesario destruirle piedra a piedra, y, aún así, entre las ruinas del gran París surgiría una raza de vengadores.

Eso es lo que ha hecho el París plebeyo. Tras diez años de exilio y deportación han retornado los deportados a Caledonia, las víctimas de los presidios y de los trabajos forzados, los desgraciados a los que el exilio había afligido y arruinado, y los recuerdos se han avivado. El París proletario ha despertado, se ha reencontrado. Cada año el pueblo trabajador, aquel por el que combatió la Comuna, acude a Père-Lachaise, ante la tumba de los federados, para templar su coraje y afirmar su energía. La Comuna había muerto, decían, pero el pueblo ha vuelto a entrar en el Ayuntamiento de París, donde miembros de la Comuna vuelven a ocupar sus lugares, y el pueblo, los obreros, han situado en las municipalidades a defensores de sus derechos. En París y en las provincias el pueblo comprende sus derechos y los reivindica con más orgullo que nunca.

En París, se comenzó con un consejero obrero socialista, después fueron 3, luego 4 revolucionarios, ahora son 11 y pronto serán 30 o 40.

La alta burguesía y las grandes finanzas están en apuros. Y decimos a nuestros muertos de mayo, a nuestros hermanos fusilados, que este triunfo os lo debemos a vosotros, a vuestro ejemplo y coraje, a vosotros que moristeis por una gran causa. Gracias a vuestra abnegación el pueblo se liberará definitivamente al grito de ¡Viva la Comuna!, repetido en todos los lugares por los proletarios atropellados.

Ana Muiña

Las ‘communardes’, esas desconocidas que defendieron la Comuna hasta morir

Ana Muiña es autora del libro *André Léo: del socialismo utópico a la Comuna de París*, La linterna sorda, Madrid, 2021.

La barbarie de la guerra franco prusiana va alentando la protesta del pueblo parisino, cada vez más cercado y sumido en la desesperación. Hay intentos de proclamar la Comuna en octubre de 1870. El Comité de Vigilancia Ciudadana del distrito XVIII, presidido por una costurera, Sophie Doctrinal, llamada Sophie Poirier, se distingue por su gran actividad desde septiembre de 1870. Atienden a los heridos y a las personas más vulnerables de su extenso y populoso barrio, Montmartre. Entre los miembros de este comité, estaban André Léo, Louise Michel y una militante rusa exiliada, Anna Korvin Krouskovskaïa, compañera de Victor Jaclard (miembro de la Internacional), conocida como Anna Jaclard. Le acompañaba su hermana, Sofía Kovalévskaya, que se convertiría en una eminente matemática y que, durante la Comuna, fue también ambulanciera. El 1 de diciembre de 1870, una significativa manifestación de obreras hambrientas se dejan ver y oír. Le seguirán otras muchas. En París, muchas mujeres trabajan, en su mayoría migrantes, procedentes de las zonas rurales. Según el anuario estadístico de los años 1861-1865, su número en la producción industrial es muy elevado. En los albores de 1871 constan 114.000 puestos de trabajo, de los cuales, 62.000 son ocupados por trabajadoras. Durante 1870, año del asedio de los prusianos, las mujeres de París sufrieron considerablemente el frío y el hambre. Su situación venía de atrás. Sobreexplotadas, en unas ocasiones; desempleadas, la mayor parte del tiempo; cargadas de hijos, viviendo en la miseria, las obreras parisinas no tienen nada que perder y desean que cambie su horizonte vital. Indagando en las fichas policiales de las comuneras, anteriormente, habían sido fichadas por hurto. Al no tener medios de mantenerse ellas y sus familias, robaban, y según alegaban, preferían ser detenidas por robo a tener que prostituirse. Esas eran las opciones de vida que tenían.

Con este ambiente convulso de sublevaciones, a principios de 1871, la conocida periodista y activista André Léo funda, con Benoît Malon, los hermanos Élie y Élisée Reclus, Aristide Rey y otros miembros de la Primera Internacional obrera de las Secciones de los barrios de Batignolles y de Ternes, un periódico de cabecera significativa, ‘La République des Travailleurs’ (‘La República de los Trabajadores’), “la tribuna de los desheredados”.

En las páginas de este diario consultado, el 3 de febrero se proclama con decisión: "Tenemos que defender la República de la libertad, tenemos que fundar la República de la igualdad". Aspirando a la "República universal". Se alienta "¡A la lucha, a la batalla! (...) El único medio es agruparnos por la acción común bajo el mismo estandarte". André Léo, en su columna habla "de impedir la vergüenza de inclinar la cabeza del pueblo que nos inflige la imbecilidad de los grandes hombres, arribados, de batacazo en batacazo, a la posesión de un pedestal". Léo recorría las provincias para defender la lucha que estaba cuajando en París y para promover su extensión a otras zonas, tanto rurales como industriales. (Ciertamente la Comuna se extendió por Burdeos, Lyon, Marsella, Limoges...) Regresó muy rápidamente a la capital tan pronto como se proclamó la Comuna el 18 de marzo.

El gobierno de Thiers, trasladado a Versalles, pretendía recuperar las armas dejadas a la Guardia Nacional. Además, el 18 de marzo, el Ejército fue enviado a la colina de Montmartre ("La Butte") para retomar la artillería adquirida con donaciones patrióticas. Alertada al amanecer, la población y, sobre todo, los miembros activos del Comité de Vigilancia de Montmartre, incluida Louise Michel y cientos de obreras, subieron "al asalto, a las colinas" y lograron apoderarse del armamento de los militares, algunos de los cuales confraternizaron con las gentes del pueblo que allí se encontraban. En la noche del 18 de marzo, los generales que habían encabezado la operación fueron tomados en armas. Algunos seguían siendo recordados por la represión de la revolución de 1848. El Comité Central de la Guardia Nacional, acompañado por numerosas obreras, se trasladó al Hôtel de Ville y la Comuna de París fue proclamada oficialmente el 28 de marzo.

Desde el 18 de marzo, primer día de la Comuna, un gran número de mujeres están presentes por todos lados. A primera hora

de la mañana, Louise Michel, Paule Mink y otras, están allí con los parisinos para evitar la confiscación de los cañones. Gracias a su valiente intervención, las tropas desistieron. Su contribución fue importante. Permanecen decididas a luchar por la revolución.

El 2 de abril, Versalles ataca con fuerza. Emocionalmente, sin ninguna decisión o preparación política real, los generales de la Comuna deciden una ofensiva desastrosa al día siguiente, en respuesta al asesinato de Émile Duval y Gustave Flourens, miembros de la Guardia Nacional que habían sido hechos represos, lo que llevará a prisión a 1500 comuneros.

El 3 de abril también tiene lugar una manifestación de mujeres. Más de 500 mujeres abandonaron la Plaza de la Concorde para marchar sobre Versalles. En el puente de Grenelle, se les unen otras 700. Béatrix Excoffon, una destacada comunera dice: "una vecina, sorprendida de verme, me preguntó si había leído el periódico que anunciaba un encuentro de mujeres en la plaza de la Concorde. Querían ir a Versalles para evitar el derramamiento de sangre". Leyendo un artículo del periódico que editaba Jules Vallès, 'Le Cri du Peuple', del 4 de abril (que apareció en la mañana del 3 de abril, ya que 'Le Cri' estaba fechado al día siguiente) vemos que en la primera plana se informa de esta convocatoria, con el título "Las mujeres": "¡Ciudadanas! Mujeres de todas las clases, ¡Vamos a Versalles! Vamos a decirle a Versalles qué es la Revolución de París; Vayamos a Versalles para decir que París ha hecho la Comuna, porque queremos seguir siendo libres; Vayamos a Versalles para decir que París se ha puesto en estado de defensa, porque ha sido calumniado, porque ha sido engañado y porque han querido desarmarlo por sorpresa; Vayamos y digamos a Versalles que la Asamblea Nacional ha abandonado la ley y que París la ha retomado; Vayamos a Versalles para decir que el gobierno es responsable de la sangre de nuestros hermanos, y que lo cargaremos de luto ante toda

Francia. Ciudadanas, vayamos a Versalles, para que París haya intentado la última oportunidad de reconciliación. Ni el más mínimo retraso. Reunámonos hoy al mediodía, en la Plaza de la Concorde, y tomemos esta importante determinación frente a la estatua de Estrasburgo. Firmado: Una verdadera ciudadana".

(En la Comuna, las *citoyennes*, las ciudadanas, tenían una significación muy amplia y eran ciudadanas de un proceso revolucionario).

Desde las columnas de otro gran periódico, por el formato y por la importancia que adquirió, 'La Sociale', en alusión a la Revolución Social (*Sociale*, en francés), André Leó (uno de los seudónimos de Léodile Béra) agita las conciencias de los 'communards' y las 'communardes'. "Al repasar la lista de nuestros muertos y de nuestros heridos, una emoción viva, profunda, atrapa el corazón... Es, sobre todo, el movimiento el que está luchando. El soldado de la Revolución actual es el pueblo". Este diario, que apareció en plena lucha comunera: el 31 de marzo/10 germinal (estaba datado con los dos calendarios) y aguantó hasta al 17 de mayo de 1871, lo puso en pie la periodista, junto con otros compañeros, Camille Barrère, Vermersch, Vuillaume y Humbert. André Léo escribe y firma artículos memorables como el titulado 'La révolution sans la femme' ('La revolución sin la mujer'), 8 de mayo de 1871, donde se preguntaba con una contestación implícita "¿Se cree poder hacer la revolución sin las mujeres?".

El 9 de abril de 1871 nació una de las primeras grandes organizaciones de mujeres, llena de fuerza "para combatir y vencer o morir". Se trata de "La Unión de Mujeres por la Defensa de París y el Cuidado de los Heridos". Se ponen al servicio de la Comuna. De base proudhoniana, la "Union des Femmes" se encarga de registrar a las ciudadanas que quieren alistarse para defender París. Abogan por "la necesidad de la participación de las mujeres a través de una campaña en los clubes, en reuniones

de sus barrios" y en los talleres donde trabajaban. Había clubes donde participaban hasta 3.000 mujeres, que decidían asambleariamente. Requisaron las iglesias para convertirlas en grandes espacios comunales, y allí se reunían. La democracia directa estuvo presente en su funcionamiento hasta la derrota total de la Comuna.

El 11 de abril se colgó en las paredes de París el primer llamamiento a las mujeres publicado por la "Union des femmes". "Nuestros enemigos son los privilegiados del orden social actual, todos los que han vivido de nuestro sudor, los que siempre han engordado por nuestras miserias". La Unión de Mujeres avisa de que "cualquier desigualdad y cualquier antagonismo entre los sexos constituye una de las bases del poder de las clases dominantes". Las mujeres se organizan en los comités de cada barrio. Solicitan la sustitución de las monjas en hospitales y cárceles por madres de familia, que según ellas, "cumplen mejor con su deber". Arrancan el cierre de casas con licencia. La Comuna prohíbe la prostitución como "una forma de explotación comercial de criaturas humanas por otras criaturas humanas". Alientan a las prostitutas a que se unan a la lucha.

Algunas de las figuras destacadas de la Comisión Ejecutiva del llamado, irónicamente, Comité Central de este colectivo fueron Nathalie Le Mel o Lemel (obrero encuadernadora de la Internacional, de ideario bakuninista), Elisabeth Dmitrieff, (nihilista exiliada, aristócrata rusa, de la Internacional), Marceline Leloup (costurera del distrito XI), Blanche Lefèvre o Lefebvre (lavandera asesinada en una barricada el 23 de mayo), Aline Jacquier (grapadora encuadernadora), Thérèse Collin (zapatera), Adèle Gauvin (cartonera) y Aglaë Jarry, representante del distrito XVII.

Le Mel formó parte, con Delahaye, Faron, Jacquier, L. Martin, Minet y Petit, de la comisión ejecutiva de la comisión de investigación y organización del trabajo creada bajo la Comuna y que trató de agrupar a

todas las corporaciones obreras de París. Pero la batalla callejera estaba comenzando... Y Nathalie Le Mel se distinguió allí, primero en Batignolles, luego en la Plaza Pigalle, tratando a los heridos e instando a los federados a resistir.

En nombre de la Unión de Mujeres, Élisabeth Dmitrieff elaboró un informe de inspiración socialista sobre la organización del trabajo basada en asociaciones de producción federadas; este informe fue enviado a la Comisión de Intercambio y Trabajo de la Comuna encabezada por Frankel. El Sindicato de Mujeres fue muy activo y su comité ejecutivo convocó nuevamente para el 18 de mayo una asamblea de mujeres con el fin de formar cámaras sindicales cuyas delegadas electas formarían a su vez la Cámara Federal de Trabajadores.

El programa de la Union des Femmes reclamaba la igualdad de remuneración entre hombres y mujeres. Una primera solicitud decidida por la Comuna otorga salarios idénticos a los maestros de ambos sexos. Un grupo de maestros, incluida Louise Michel, reclamó escuelas vocacionales y orfanatos laicos.

André Léo, Anna Jaclard, Noémie Reclus y Clara Perrier participan en la comisión creada por Vaillant "para organizar y supervisar la educación en las escuelas de niñas". Marie Verdu y Elie Ducoudray escriben un informe sobre la necesidad de la instalación de guarderías y se ofrecen a ayudar a las madres solteras para evitar que caigan en la prostitución. Paule Minck organiza una escuela para niñas en la sala de catecismo de Saint-Pierre-de-Montmartre.

Establecieron la autogestión en el trabajo, el reconocimiento a las uniones libres, el divorcio, el rechazo a llamar a los hijos "ilegítimos", la separación de la iglesia y el Estado en la enseñanza y los hospitales... Estas mismas mujeres y otras muchas más, incluso en los puestos de avanzada de los combates. Se unen como milicianas, cantineras, ambulancieras...

Allí estaba la internacionalista libertaria Victorine Rouchy o Brocher, cantinera de

gran humanidad en el batallón de los Turcos de la Comuna y en el batallón de los Niños Perdidos (compuesto por niños de los orfanatos) Al parecer luchaba sin llevar munición en el fusil, al igual que Élisée Reclus, que según narra la historiadora Antonina Rodrigo, la médica y fundadora de Mujeres Libres, Amparo Poch ponía de ejemplo a Reclus, que iba sin munición en el fusil para no matar a nadie.

Léontine Suétens, cantinera en el 135º batallón, dos veces herida, durante los combates de Neuilly, Issy, Vanves, Levallois-Perret; participa en la construcción de las barricadas y en transporte de barriles de petróleo. Procesada y condenada a trabajos forzados a perpetuidad.

Eulalie Papavoine, costurera, ambulanciera y combatiente en la llanura de Vanves, recoge a los muertos y atiende a los heridos con valentía; es acusada de petrolera.

Joséphine Marchais, jornalera, obliga a su pareja a unirse a la lucha; es 'vivandière' (equivalente de cantinera, atendiendo las necesidades cotidianas en el frente como las cocineras, pero también usando las armas) del batallón de los Niños Perdidos y está en la barricada de la calle de Lille, con su fusil y su sombrero tirolés.

Élisabeth Rétoffe, cartonera en una fábrica de papel, lleva su fusil en bandolera y su echarpe rojo, signo revolucionario. Lucha en el distrito de Belleville y es acusada de petrolera.

Marguerite Lachaise, llamada Lachaise o Guinder, cantinera en el 66 batallón, que disparó en la llanura de Châtillon. Condenada a las Islas de la Salud, Guyana, a trabajos a perpetuidad. Hortense David, pontonera en la marina comunista en Porte Maillot. Vestida de marino, defiende la barricada de la calle Royale. Fue condenada como petrolera a trabajos forzados a perpetuidad. André Léo está en la barricada de Batignolles. Louise Michel está en la barricada de Chaussée Clignancourt con Marguerite Diblanc. Adèle Chignon, luchadora de 1848, se encuentra en la barricada del Panteón. Cincuenta comuneras están bajo

la dirección de Nathalie Le Mel, en la Plaza Pigalle. La mayoría de sus nombres quedan en el anonimato. Según Lissagaray, testigo presencial, alrededor de 120 mujeres participaron en la barricada en Plaza Blanche. En un artículo del Times, recogido por Lissagaray, titulado *Mujeres de la Comuna* se narra: "El jueves 25 de mayo de 1871, cuando la Guardia Nacional abandonó la barricada en la rue du Château-d'Eau, un batallón de mujeres acudió corriendo para reemplazarle. Estas mujeres, armadas con fusiles, lucharon admirablemente al grito de: "¡Vive la Commune!". Muchas de sus filas eran chicas jóvenes. Una de ellas, de 19 años, vestida de marinero, luchó como un demonio y fue asesinada de un balazo en la frente. Cuando fueron rodeadas y desarmadas por la gente de Versalles, las 52 supervivientes fueron fusiladas".

Se suele afirmar que las comuneras parisienses fueron cerca de un millar. Por los testimonios que hemos podido recoger, el número de participantes es infinitamente mayor. Benoît Malon y Louise Michel, entre otros, adelantaron la cifra de 10.000 mujeres que lucharon durante la Semana Sangrienta. Hasta el último día de la Comuna, las mujeres estaban en las barricadas. La represión será terrible para todos, pero especialmente para ellas. Un gran número recibieron disparos en las propias barricadas, siendo inmediatamente fusiladas.

Más de 1000, según la investigación parlamentaria sobre el levantamiento revolucionario del 18 de marzo, un informe presentado por el capitán Briot, fueron arrestadas y comparecieron ante el IV Consejo de Guerra. Se las humilló, se las llamó prostitutas, engendros antinaturales, bárbaras. Aquellas a las que Versalles apodó el nombre de "mujeres petroleras" muestran un gran coraje, defendiendo su calle y su barrio antes de rendirse. Según Lissagary, toda obrera que iba mal vestida o con un cántaro de leche, le hacían jirones el vestido, la dejaban medio desnuda y era fusilada en plena calle, públicamente.

En las largas y tortuosas filas de detención, "la canalla" les llamaban, los convoyes de detenidas, que se fueron produciendo a partir del 25 de mayo, fueron humilladas y violadas por los soldados de Versalles. La prensa extranjera así lo recoge. El 'Morning Post' del 14 de junio, afirma: "Camino de Versalles se asesina a las mujeres en la plaza Vendôme después de violarlas". Otro testimonio describe que "una cantinera, sentada en el primer banco, insulta a la multitud amenazándola con el puño; este puño está ensangrentado y ha perdido varios dedos luchando en las barricadas; un corte de sable rojo cruza su rostro".

Las comuneras, las valerosas petroleras, sufrieron la cárcel, las deportaciones a la Guyana francesa, a Nueva Caledonia y otras colonias de Ultramar, donde defendieron constantemente sus derechos de encarceladas políticas. Hicieron la revolución y se las olvidó, hasta el punto de no saber actualmente qué demandaban, quiénes fueron, cómo se llamaban y qué rostro y presencia tenían. Su lucha por "la emancipación integral", que tanto reclamaron, sigue vigente.

El libro 'André Léo. Del socialismo utópico a la Comuna de París' pone rostro a esas anónimas comuneras insurgentes y reivindica su legado. Porque como reconocía la escritora en 'La femme et les mœurs' (1869): "Es todavía una novedad casi estrafalaria reivindicar la justicia para la mujer, encorvada desde el principio del mundo bajo un doble yugo. En la esclavitud era doblemente esclava, esclava siempre en el seno de la familia libre, y aún ahora, en nuestras civilizaciones, privada de toda iniciativa, de todo desarrollo, entregada, bien a las depravaciones de la ociosidad, bien a las de la miseria; y en todas partes, sometida a los efectos desmoralizadores de la vergonzosa mezcla de la dependencia y del amor..."

REPUBLIQUE FRANÇAISE
N° 373 LIBERTÉ — ÉGALITÉ — FRATERNITÉ N° 373

COMMUNE DE PARIS

MAIRIE
DU

IV^e ARRONDISSEMENT

Le Comité central de l'Union des femmes pour la défense de Paris et les soins aux blessés invite les ouvrières de toutes les corporations à se réunir, dimanche 21 mai, à 1 heure de l'après-midi, à la Mairie du IV^e arrondissement, salle des Fêtes, pour la constitution définitive des Chambres syndicales et fédérales des travailleuses.

Paris, le 20 mai 1871.

La Commission exécutive du Comité central,
NATHALIE LE MEL.
JARRY.
AÏLINE JACQUIER.
BLANCHE LEFÈVRE.
MARCELINE LELOUP.
ADELÈ GAUVIN.
ÉLISABETH DMITRIEFF.

IMPRIMERIE NATIONALE. — No 1771.

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
N° 41 LIBERTÉ — ÉGALITÉ — FRATERNITÉ N° 41

COMMUNE DE PARIS

LA COMMUNE DE PARIS,
Considérant que le travail, l'industrie et le commerce ont supporté toutes les charges de la guerre, qu'il est juste que la propriété fasse au pays sa part de sacrifices,

DÉCRÈTE:

Art. 1^{er}. Remise générale est faite aux locataires des termes d'octobre 1870, janvier et avril 1871.

Art. 2. Toutes les sommes payées par les locataires pendant ces neuf mois seront imputables sur les termes à venir.

Art. 3. Il est fait également remise des sommes dues pour les locataires en garni.

Art. 4. Tous les baux sont résiliables à la volonté des locataires, pendant une durée de six mois, à partir du présent décret.

Art. 5. Tous congés donnés seront, sur la demande des locataires, prorogés de trois mois.

(Un décret spécial régler la question des intérêts hypothécaires.)

Hôtel-de-ville de Paris, le 29 mars 1871.

LA COMMUNE DE PARIS.

* IMPRIMERIE NATIONALE. — No 1771.

Yohann Emmanuel entrevista a Mathilde Larrère

Las mujeres y la Comuna

Mathilde Larrère es historiadora.

Versión original en francés publicada en... <https://bit.ly/3fKZnrN>
lanticapitaliste.org

P.- ¿Qué se puede decir sobre el papel de la mujer durante los hechos del 18 de marzo que marcaron el inicio de la Comuna? ¿Podemos trazar un paralelo con otras jornadas revolucionarias donde a menudo se destaca el lugar de la mujer, como la marcha sobre Versalles los días 5 y 6 de octubre de 1789, y la manifestación por el Día Internacional de la Mujer del 8 de marzo de 1917 que da comienzo a la Revolución rusa?

ML.- Hubo un gran número de mujeres el 18 de marzo para evitar que los soldados se apoderaran de los cañones de la Butte Montmartre, lo que se explica de forma bastante sencilla porque ocurrió por la mañana muy temprano y las mujeres eran las primeras en levantarse para buscar agua, combustible, etc. Pero también había hombres, aunque solo fuera porque las mujeres dieron la alarma, y en particular los federados, que eran todos hombres ya que la Guardia Nacional estaba cerrada a las mujeres. En el momento en que los soldados y la población confraternizaron en el Campo de los polacos, la presencia de hombres y mujeres era bastante mixta.

Durante el 5 y 6 de octubre de 1789 las mujeres fueron el motor impulsor ya que quien lanza el movimiento es una organización de mujeres, las Dames de la Halle, a las que luego se uniría la Guardia Nacional. El 8 de marzo de 1917 es el Día Internacional de la Mujer (origen del actual 8M). Pero en estos diferentes casos todo sucede como si el rol de la mujer solo se reconociera durante estos días a cambio de su invisibilización el resto del tiempo, mientras que también estuvieron presentes en la sublevación del 10 de agosto de 1792 [que trajo el fin de la monarquía], durante otros eventos de la Comuna o la Revolución Rusa, etc. Su presencia se visibiliza cuando se vincula a su función social y doméstica, en particular por encargarse de la alimentación: el 5 de octubre de 1789 se produce una revuelta frumentaria [esto es, relacionada con el trigo], van a Versalles a buscar pan, obligando al rey a volver a París; el 8 de marzo de 1917, gran parte de las mujeres de San Petersburgo, las de los barrios obreros, se manifestaban más por el pan y por la paz que por los derechos de las mujeres. Por tanto, su participación en los acontecimientos revolucionarios no debe limitarse a estos días, aunque sean inaugurales.

P.- Posteriormente, no pudieron participar en las instituciones oficiales de la Comuna. ¿Lo reclamaron?

ML.- El 26 de marzo las mujeres no tenían derecho a voto en las elecciones para la Comuna, y tampoco fue muy reivindicado. El derecho al voto no era aún una petición primordial de las mujeres, tenían muchas otras, especialmente las comuneras, en su mayor parte socialistas o "montagnardes" (demócratas-sociales), luego vuelvo a ello. Lo mismo ocurrió durante la Revolución Francesa: se habla mucho de Olympe de Gouges y su Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, que era una forma de reivindicar el derecho al voto (sin decirlo nunca explícitamente), pero la obra de Dominique Godineau sobre las mujeres revolucionarias demuestra que insistieron mucho más en poder ingresar en la Guardia Nacional que en el derecho a votar.

P.- ¿La participación de las mujeres en los combates es algo peculiar de La Comuna?

ML.- No, las mujeres siempre han participado en el combate, pero hay que precisar de qué se está hablando. La lucha a armas en mano de las mujeres estuvo más limitada en las revueltas previas a la Comuna, aunque solo fuera porque las mujeres no sabían usar las armas y por la influencia de mentalidades que dificultaban imaginar que las mujeres pudieran dar la muerte siendo ellas las que dan vida. Por tanto, se les mantenía alejadas de los fusiles. Sin embargo, habían participado en las barricadas, sobre todo en 1830 y 1848. La barricada se alza para obstruir una calle, si los soldados penetran impetuosamente en ella, quedan bloqueados. El enfrentamiento se desarrolla entonces en dos dimensiones: por un lado, hay un cara a cara entre los soldados y la barricada (en la que hay hombres armados), y, por otro lado, la población, especialmente las mujeres, arroja objetos diversos desde las ventanas. Se olvida con frecuencia que esta segunda dimensión es igualmente importante; entre los miembros de las fuerzas del orden que actuaron en los disturbios producidos durante la "monarquía de julio"

[1830-1848] hubo más fracturas de cráneo que heridas de bala. Además, las mujeres recargaban las armas, atendían a los heridos, abastecían las barricadas, etc. Lo peculiar de la Comuna es que las mujeres participaron con mayor frecuencia en los combates con armas en la mano, especialmente en barricadas abandonadas por combatientes masculinos.

P.- Una de las organizaciones de mujeres más importantes durante la Comuna también está vinculada a los combates: la Unión de Mujeres para la Defensa de París y la atención de los heridos. ¿Puedes decir algo al respecto? ¿En qué otro tipo de entornos podían organizarse las mujeres?

ML.- Sí, es una organización creada por Élisabeth Dmitrieff, enviada desde Londres a París por la Asociación Internacional de Trabajadores, nombre oficial de la Primera Internacional. Inicialmente iban a enviar a dos hombres, pero uno no pudo ir porque estaba enfermo, y ella lo reemplazó en el último momento. Esta organización es interesante en sus dos vertientes: la defensa de París, que corresponde a la demanda transgresora de las mujeres de poder portar armas; y la atención a los heridos, que, por el contrario, se inscribe en el papel tradicional de la mujer dentro del sesgo de género en la distribución de tareas. Es la organización más estructurada y estaba bastante centralizada, con tres niveles: la asamblea y comités representativos de cada distrito, el comité central formado por representantes de los distritos y finalmente una comisión ejecutiva de la Unión encabezada por Elisabeth Dmitrieff.

Pero existían otras organizaciones, los clubes en particular, como el club Montmartre, en el que participaba André Léo. También hubo ciertas tensiones entre estas organizaciones: por ejemplo, cuando André también se unió a la Unión de Mujeres, esa doble pertenencia irritó mucho a Élisabeth Dmitrieff. Estos diferentes marcos organizativos eran solo para mujeres ["no mixtos", diríamos ahora], dirigidos y organizados por mujeres, al igual que los clubes de

mujeres durante la Revolución Francesa o en 1848, año en el que también surgieron diversos periódicos de mujeres [nt: la Voix des Femmes, La Politique des femmes, L'Opinion des Femmes, etc]. Algunos hombres podían ayudar pero las mujeres habían entendido que así debían organizarse para poder actuar y ser escuchadas.

P.- ¿Puedes citar a otras celebres mujeres participantes en la Comuna?

ML.- Más allá de Louise Michel, todas han quedado olvidadas. Y si se recuerda a Michel y, en menor medida, a Victorine Brocher, es principalmente gracias a sus escritos. Sin embargo, muchas otras figuras merecen ser conocidas. Por ejemplo, André Léo, autora de un gran texto, *La guerre sociale*, donde denuncia a quienes, casi un siglo después de la Revolución Francesa, querían "hacer la revolución sin las mujeres". Dmitrieff, que ha desaparecido y de la que sabemos muy poco después de la Comuna. Paule Minck, o incluso Nathalie Le Mel, un poco más conocida, cercana a Eugène Varlin, y que antes de la Comuna había creado un importante comedor cooperativo obrero y popular, La Marmite. Pero sobre la mayoría de las comuneras tenemos pocos documentos, aparte de algunos nombres en los carteles o los rastros de sus juicios en Versalles. Dicho esto, aunque sean más conocidos que las mujeres, los comuneros también son poco conocidos, excepción hecha de Vallès, Courbet, Pottier y algunos más.

P.- Además de reclamar su entrada en la Guardia Nacional y el derecho a portar armas, ¿qué reivindicaciones importantes hicieron las mujeres durante la Comuna?

ML.- Reclaman lo que ya reclamaban las mujeres de 1848, a las que son muy cercanas socialmente y por formación política: el derecho al trabajo con iguales salarios que los hombres y con el mismo reconocimiento de su cualificación profesional. También exigen el derecho a la educación, el derecho al divorcio, el reconocimiento de los hijos "ilegítimos" o "naturales", el reconocimiento para las concubinas de los

mismos derechos que las mujeres casadas... Algunas, especialmente Louise Michel, exigen la abolición de la prostitución.

P.- ¿Cuáles de estas reivindicaciones se cumplieron?

ML.- En el marco de la Unión de Mujeres para la Defensa de París y la Atención de Heridos, hay una gran reflexión sobre el trabajo de las mujeres. Élisabeth Dmitrieff logra arrancar promesas de igualdad salarial, e incluso hay un decreto para una profesión particular que la garantiza; establece cooperativas de productoras, solo de mujeres. Se abren numerosas escuelas para niños y niñas. Las concubinas son reconocidas, ya que la Comuna decreta que las esposas o concubinas de guardias nacionales heridos o muertos en combate podrán percibir una pensión, y también hay un reconocimiento de los hijos naturales. Por otro lado, las mujeres no serán aceptadas en la Guardia Nacional Federada: si toman las armas durante la Semana Sangrienta, lo hacen por su propia cuenta.

P.- ¿Que lugar tenían las mujeres en el movimiento sindical en ese momento?

ML.- Era muy difícil. No solo el movimiento sindical estaba dominado por hombres, sino que varias corrientes estaban en contra del trabajo de las mujeres, que consideraban desleal porque ellas cobraban menos. Y empezaban a verlas como rompehuelgas, lo que no es confirmado por las fuentes disponibles, ya que la división del trabajo tenía tal sesgo de género que no era posible que una mujer compitiera con un hombre. También consideraban esas corrientes que el trabajo en las fábricas o usinas no era ético, y había muchos dentro del movimiento sindical y de la Internacional que querían que las mujeres, especialmente las casadas, se quedaran en casa, incluso si eso significaba trabajo domiciliario en peores condiciones que en las fábricas. En el movimiento obrero francés se suma a esto el peso del proudhonismo y de la profunda misoginia de Proudhon.

Ciertamente, ese no fue el caso de todos los activistas. Por ejemplo, Eugène Varlin esta-

ba muy a favor de la igualdad entre hombres y mujeres y, en particular, de la igualdad salarial, y cuando fundó La Marmite con Nathalie Le Mel, ella tenía el mismo papel organizativo que él. Pero eran casos minoritarios: hay varios congresos o conferencias de la Internacional antes de la Comuna -sobre todo durante las exposiciones universales- que terminan con textos profundamente misóginos y opuestos al trabajo de las mujeres. Contra esto pelearon Dmitrieff, André Léo y Paule Minck antes de la Comuna: dieron conferencias, muy concurridas, donde defendieron el derecho al trabajo y la igualdad salarial. El lema "a igual trabajo, igual salario" es un lema de la Comuna de París.

P.- ¿Podemos hablar de un movimiento feminista en Francia en ese momento?

ML.- Es difícil, porque el Segundo Imperio había aplastado en gran medida a los movimientos feministas que habían logrado constituirse en 1848. Renacía lentamente, en torno a figuras como André Léo o Paule Minck, o también Maria Deraismes que estaba al frente del periódico *Le Droit des femmes* fundado en 1869, y que jugó un papel importante en la *Association pour le droit des femmes* creada en 1870. Principalmente, se organiza dentro del movimiento obrero un feminismo socialista o un socialismo feminista. Más tarde se desarrolló un movimiento feminista fuera del movimiento obrero, en torno a las sufragistas, con Hubertine Auclert y Marguerite Durand.

P.- Tras el final de la Comuna, ¿las mujeres sufrieron alguna represión específica por parte de los versalleses?

ML.- Sí, pero es ambivalente. Por un lado, de los sobreseimientos se beneficiaron más mujeres que hombres, lo que durante mucho tiempo hizo que se dijera que los tribunales habían sido más indulgentes con las mujeres. Pero, por otro lado, si nos limitamos a las personas condenadas, las mujeres tuvieron sentencias más duras: el 13% de las mujeres condenadas fueron condenadas a muerte, frente al 0,9% de los hombres

condenados; y el 13% fueron condenadas a trabajos forzados y otro 13% a deportación, mientras que estas cifras son del 2,3% y el 11% para los hombres.

¡Porque lo transgredieron todo! Eran tanto más monstruosas a los ojos de los versalleses porque como mujeres transgredían el orden de los sexos saliéndose del lugar reservado para ellas en ese momento (la cocina y la cuna) y entrando en política por la vía revolucionaria. Así es como podemos entender la figura de la *petrolera* con la que se ha estigmatizado a las comuneras. Este estereotipo está presente desde los primeros incendios en el periodo de la Comuna: se encuentra en la prensa versallesa, en la iconografía y en los juicios, donde siempre intenta probarse que ellas han provocado los incendios, olvidando los versalleses que fueron ellos los que arrojaron las primeras bombas incendiarias.

P.- ¿La derrota de la Comuna tuvo consecuencias negativas sobre la situación de las mujeres y sobre sus reivindicaciones en los años siguientes?

ML.- No en forma particular. Hubo una restauración del "orden moral" por los versalleses, pero afectó a hombres y mujeres. Cuando se declaró la Tercera República, se siguió excluyendo el derecho al voto de las mujeres, porque las mujeres eran consideradas demasiado clericales, sin que esto tuviera vínculo directo con la Comuna. Por lo tanto, no hubo un "contragolpe" como ocurrió después de la Revolución Francesa con la promulgación del Código Civil en 1804. Por supuesto, se suprimieron uno tras otro todos los avances obtenidos, pero como todo el resto de la obra llevada a cabo por la Comuna, que quedó borrada.

Benoît Malon

Mujeres en la Comuna

Fragmento de *La troisième défaite du prolétariat français*,
Guillaume Fils impresor-editor, Neuchatel, 1871, pp. 272 a 280.

Un hecho especialmente importante, desvelado por la revolución de París, es la incorporación de las mujeres a la vida política. Bajo la presión de las circunstancias, y por la difusión de las ideas socialistas y por la propaganda de los clubs, ellas han sentido que su concurso era indispensable para el triunfo de la revolución social una vez entrada en su fase de combate. Que ni las mujeres ni el proletariado pueden esperar alcanzar su emancipación salvo si se unen estrechamente contra todas las fuerzas del pasado. Ellas recordaban, por otra parte, que las mujeres de París escribieron una de las más bellas páginas de la Revolución de 1789, los días 5 y 6 de octubre [la marcha sobre Versalles] y fueron muchas las que se pusieron con pasión al servicio de la revolución comunal.

El 9 de abril de 1871 participaron en la manifestación popular que quemó dos guillotinas al pie de la estatua dedicada a Voltaire (distrito 11). En las acciones colectivas estaban siempre presentes en gran número, y muchas se consagraron particularmente a la causa revolucionaria. Algunas, con audacia y humildad, disparaban desde los puestos de avanzada, en algunos casos vestidas con el uniforme de la Guardia Nacional. Se distinguían innumerables cantineras; una decena de ellas ya había sido matadas, pero las sobrevivientes no tenían menos coraje.

La legendaria Louise Michel, educadora por vocación y poseedora de una bondad ilimitada, con una dedicación infinita, dio a estos días terribles uno de esos tipos humanos que la historia admira y que los pueblos veneran.

Una mujer que está entre los grandes escritores de nuestro tiempo [Léodile Béra], a la que Louis Rosell, que la conocía, llamaba *el ciudadano* André Léon, estaba igualmente consagrada a la causa popular y la servía con su pluma, con su palabra y con su participación. Nada inclinada a los actos violentos, condenó muchos actos de la Comuna, pero sabía distinguir una gran idea militante de su cortejo inevitable de desviaciones y pasiones, por lo que siguió siendo fiel a la Revolución proletaria, vinculándose con ella aún con más fuerza cuando llegó la catástrofe.

En compañía de las ciudadanas Jaclard, Poirier, Buisard, etc. (de Montmatre), Jarry, Collet, Vanowerbeke, Fallon, Peuriant, Sassin, etc. (de Batignolles), fundó en los distritos 17 y 18 un grupo de "ambulancias". Proponía la formación de un batallón de mujeres para defender las barricadas en caso de combates dentro de París.

A su lado se puso en acción una joven rusa, que firmaba como Elise Dmitrieff [Elizaveta Loukinitchna Koucheleva]. Seducida por la gran tradición revolucionaria de París y también impulsada por una devoción apasionada a la causa del pueblo, quería reunir a las obreras de París en una liga militante, para aportar una aportación preciosa a la Comuna y un punto de apoyo a la emancipación de las mujeres. Comenzó reuniendo a algunas mujeres valerosas, entre las cuales estaba la ciudadana Nathalie Le Mel [Perrine Natalie Duval], cofundadora de la sociedad de encuadernadores y encuadernadoras de París y, durante un tiempo, secretaria de una de las sociedades de consumo fundadas por Eugène Varlin. El pequeño comité decidió promover *clubs de mujeres*, en lo que tuvieron éxito. El Comité tomó el título de Comité central de la Unión de las mujeres, multiplicando sus propagandistas, durante el día en las reuniones, por la noche en sus clubs, y les llovían las adhesiones. Abrían clubs tanto en los barrios bombardeados como en los otros, y en todos acudía una muchedumbre. Pronto hubo 20 comités de 11 miembros cada uno en cada uno de los 20 distritos de París, agrupados federativamente en torno al Comité central, instalado en la alcaldía del distrito 10.

Mientras, enardecían los ánimos de dedicación a la revolución e instaban a la Comuna para obtener armas y para tener acceso a los puestos peligrosos, también propagaban las ideas sociales de la *Internacional*, formaban núcleos de asociaciones obreras y de cámaras sindicales de trabajadoras, e intentaban poner la base para una federación internacional de las obreras de París. Tampoco olvidaban el presente: formaban compañías de ciudadanas que solo querían armas para partir hacia los puestos de avanzada y enviaban a todos los campos de batalla ambulancias para recoger y curar a los heridos. Pronto, todas las ambulancias estuvieron gestionadas por las mujeres revolucionarias federadas, para satisfacción de los heridos.

Este es uno de sus llamamientos a las *ciudadanas de París*, verdaderamente internacional...

París está bloqueado. París es bombardeado...

Ciudadanas, ¿dónde están nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros maridos? ¿Escucháis el retumbar del cañón y el toque a rebato que nos lanza una llamada sagrada?

¡A las armas! ¡La patria está en peligro!

¿Se trata del invasor extranjero que quiere volver a ocupar Francia? ¿Se trata de las legiones de la coalición de los tiranos de Europa que masacran a nuestros hermanos y que esperan que al destruir esta gran ciudad también destruirán incluso el recuerdo de las conquistas inmortales que desde hace un siglo hemos adquirido con nuestra propia sangre y que el mundo llama libertad, igualdad, fraternidad...?

No, no son extranjeros. ¡Estos enemigos, estos asesinos del pueblo y de la libertad son franceses!

Este vértigo fratricida que se apodera de Francia, este combate a muerte, es el acto final del eterno antagonismo que enfrenta al derecho y a la fuerza, al trabajo y a la explotación, al pueblo y a sus verdugos.

Nuestros enemigos son los privilegiados del orden social actual, aquellos que siempre han vivido de nuestro sudor, que siempre se han enriquecido con nuestra miseria.

Ellos han visto que el pueblo se ha puesto en pie gritando: "Ni deberes sin derechos, ni derechos sin deberes. Queremos trabajar, pero también lo que el trabajo produce. Ni explotadores ni amos. Trabajo y bienestar para todos, el gobierno del pueblo por sí mismo, la Comuna, vivir libres trabajando o morir combatiendo..."

El temor a tener que comparecer ante el tribunal del pueblo ha movido a nuestros enemigos a cometer el peor de los crímenes: ¡la guerra civil!

Ciudadanas de París, descendientes de las mujeres de la gran Revolución, aquellas que en nombre del pueblo y de la justicia

marcharon hacia Versalles y capturaron a Louis XVI, nosotras, madres, esposas e hijas del pueblo francés, ¿soportaremos por más tiempo que la miseria y la ignorancia conviertan en enemigos a nuestros hijos, que padre contra hijo y hermano contra hermano se maten mutuamente bajo nuestros ojos para capricho de nuestros opresores, que quieren la destrucción de París tras haberla entregado al extranjero?

Ciudadanas, ha llegado la hora decisiva. Es necesario deshacerse del viejo mundo. Queremos ser libres. Francia se levanta, pero no está sola. Todos los pueblos civilizados nos miran, esperan nuestro triunfo para liberarse ellos mismos. La propia Alemania, cuyos ejércitos principescos devastaron nuestra patria jurando dar muerte a sus tendencias democráticas y sociales, está siendo sacudida y moldeada por el aliento revolucionario: desde hace seis meses se encuentra bajo estado de sitio y sus representantes obreros están detenidos. Rusia ve perecer a sus defensores de la libertad, pero solo para saludar a una nueva generación presta a combatir y a morir por la República y la transformación social.

Irlanda y Polonia, que cuando mueren renacen con nueva energía, España e Italia que recuperan su vigor perdido para unirse a la lucha internacional de los pueblos, Inglaterra, cuya población se hace masivamente proletaria y asalariada, haciéndose revolucionaria por su posición social, Austria, cuyo gobierno debe reprimir las revueltas simultáneas en su país y en los poderes eslavos: este perpetuo choque entre las clases dominantes y el pueblo, ¿no indica que el árbol de la libertad, fecundado por la sangre derramada durante siglos, ha dado por fin frutos?

Ciudadanas, la suerte está echada. Hay que vencer o morir. Y si hay madres y mujeres que se dicen que "No importa el triunfo de nuestra causa si es a costa de perder a quienes amo", deben persuadirse de que el único medio de salvar a sus seres queridos,

sean su marido o los hijos en que despositan su confianza, es tomar parte activa en la lucha iniciada, para hacer terminar pronto y para siempre esta lucha fatídica que solo puede terminar con la victoria del pueblo o tendrá que repetirse en un futuro cercano.

¡Qué desgracia será para las madres que el pueblo vuelva a sucumbir! Una derrota que pagarán sus hijos hoy niños, pues la cabeza de nuestros hermanos y maridos ya está en juego y la reacción hará que la pierdan. No esperemos clemencia de nuestros enemigos, ni se la pidamos.

Ciudadanas, totalmente resueltas y unidas podemos velar por la seguridad de nuestra causa. Preparémonos para defender y vengar a nuestros hermanos. En las puertas de París, en las barricadas, en los barrios, allá donde sea, estemos prestas para en el momento dado unir nuestras fuerzas con las suyas. Si los infames que fusilan a los prisioneros y asesinan a quienes nos comandan osan ametrallar a una multitud de mujeres desarmadas el grito de horror e indignación de Francia y del mundo darán término a lo que hemos intentado. Y si todas las armas y bayonetas están siendo utilizadas por nuestros hermanos, ahí tendremos los adoquines para aplastar con ellos a los traidores.

Un grupo de ciudadanas
Esta organización revolucionaria de las mujeres no impedía la formación de grupos aislados con similar objetivo. Así, mientras el Comité central de la Unión de las mujeres publicaba el anterior llamamiento, en diversos periódicos podía leerse el anuncio siguiente:

En el momento presente, tanto el que no se pronuncia como el que huye es un cobarde. Las ambulancias de la Comuna declaran no pertenecer a ninguna sociedad, Su vida se dedica completamente a la Revolución. Su deber es curar, sobre el propio terreno en que se combate, a los heridos causados por las balas envenenadas de Versalles. Y tomar, cuando llega la hora, el fusil como cualquier otro...

¡Viva la Comuna! ¡Viva la República universal"

Louise Michel, Fernandez, Guollé, Poulain, Quartier, Dauguet

El 12 de mayo, una compañía de mujeres voluntarias organizada y armada marchaba con la duodécima legión.

Esta acción revolucionaria de las mujeres, que no solemos ver hasta que llegan los grandes días de los pueblos, alienta la resolución de los federados y exaspera a las reaccionarias que se dan cuenta de que se enfrentan a una verdadera revolución. El poder en manos de los obreros, las mujeres

presentes en el forum como ciudadanas, eso es para ellos el colmo de la abominación y de la desolación. Y desde ese mismo momento forjaron insidiosas calumnias; durante las masacres se inventaron las *petroleras*, para apartar las mirada de las diez mil mujeres y de los cinco mil muchachos que estuvieron en las barricadas combatiendo y muriendo al grito de ¡Viva la República universal! ¡Viva el trabajo! ¡Viva la Comuna!

AVANT-PROPOS



En relisant ces pages écrites à la hâte, au sortir de la bataille, j'y vois beaucoup de lacunes. Elles verront néanmoins le jour pour commencer la série des démentis qu'il appartient aux survivants du grand désastre d'infliger aux calomnieux du peuple vaincu.

Il est temps qu'au risque d'y paraître barbares, ceux qui travaillent, ceux qui combattent, ceux qui de leur sueur et de leur sang conservent et augmentent le capital humain et sont les agents de progrès les plus actifs, il est temps que les ouvriers entrent dans les régions de l'idée, que s'étaient réservées jusque-là les classes parasites.

Un bourgeois républicain écrivait avec raison il y a quelques années:

« Les vaincus n'ont pas d'histoire. »

Manu Goswami entrevista a Kristin Ross

Comuna de París: rebelde, controvertida y actual

Kristin Ross (1953) es profesora de literatura comparada en la Universidad de Nueva York y especialista en literatura y cultura francesa de los siglos XIX y XX. La versión original de la entrevista fue publicada en inglés en la revista Jacobin. Esta traducción al castellano se basa en la traducción brasileña al portugués de Vila Vudu, adaptada a Portugal por esquerda.net

Kristin Ross: *Communal Luxury: The Political Imaginary of the Paris Commune*, Verso 2016

<https://www.versobooks.com/books/2253-communal-luxury>

https://www.akal.com/libro/lujo-comunal_35187/

En su libro *Communal Luxury: The Political Imaginary of the Paris Commune* [El lujo comunal: el imaginario político de la Comuna de París], Kristin Ross sugiere que esta rebelión anticipó puntos de vista contemporáneos sobre arte y ecología, y que las diferencias entre marxistas y anarquistas eran menores de lo que se piensa.

El 18 de marzo de 1871, artesanos y comunistas, obreros y anarquistas, tomaron la ciudad de París y establecieron la Comuna. Este experimento radical de autogobierno socialista duró 72 días, antes de ser aplastado por una brutal masacre que estableció la Tercera República Francesa. Pero socialistas, anarquistas y marxistas nunca dejaron de discutir el significado de esa acción.

Kristin Ross, en su nuevo libro, el potente *Communal Luxury: The Political Imaginary of the Paris Commune*, expone con la mayor claridad los debates acumulados sobre la Comuna, que, como ella misma dice, osificaron falsas polémicas: anarquismo versus marxismo, campesino versus obrero, terrorismo revolucionario jacobino versus anarcosindicalismo y así sucesivamente.

Ahora que la Guerra Fría ha terminado y el republicanismo francés está agotado, argumenta Ross, finalmente podemos librar a la Comuna de esta esclerosis. Esa emancipación puede, a su vez, revitalizar a la izquierda contemporánea para actuar y pensar sobre los desafíos de hoy. Ninguna obra específica de forma más completa lo que dijo Marx, para quien el mayor logro de la Comuna de París fue su "existencia real en ejercicio".

P.- Su libro reinterpreta la Comuna de París en nuestro tiempo. ¿Por qué ese movimiento es un recurso para pensar las exigencias del presente?

KR.- Me alegra que haya elegido "recurso" en lugar de "lección". La gente suele insistir en que el pasado nos daría lecciones o nos enseñaría qué errores evitar. La literatura sobre la Comuna está llena de corazonadas, de trabajos de ingeniería, de profetas del pasado, de gente que disfrutaban haciendo una lista de sus errores: oh, si los comuneros hubieran hecho esto o aquello, saqueado el dinero del banco, marchado sobre Versalles, hecho las paces con Versalles, si se hubieran organizado mejor, entonces sí, ¡habrían tenido éxito!

Para mí, este tipo de superioridad teórica post-facto es a la vez estúpida y profundamente ahistórica. Nuestro mundo no es el mundo de los comuneros. Cuanto antes comprendamos esa diferencia, tanto más fácil será percibir en qué aspectos su mundo, de hecho, está muy cerca del nuestro, más cerca quizás que del mundo de la generación de nuestros padres.

La forma en que vive la gente hoy en día, especialmente los más jóvenes, es muy similar a la inestabilidad económica que enfrentaron los trabajadores y artesanos del siglo XIX, quienes hicieron la Comuna. Muchos de ellos dedicaban más tiempo a buscar trabajo que a trabajar.

Desde 2011, con la reanudación práctica en todas las partes de una estrategia política basada en la toma de espacios, en la ocupación de locales y territorios y en la conversión de ciudades enteras, desde Estambul a Madrid, de Montreal a Oakland, en teatros para operaciones estratégicas, la Comuna de París volvió a ser visible, como si fuese una nueva iluminación, y entró de nuevo en nuestro presente como parte de lo figurable.

Sus formas de invención política volvieron a ser viables para nosotros, no como lecciones sino como recursos, o como lo que Andrew Ross, comentando mi libro, llamó "un archivo utilizable". La Comuna se con-

virtió en imagen para una historia, y quizás para un futuro, diferente de los caminos que tomó la modernización capitalista y diferente también de los caminos que siguió el Estado socialista utilitario.

Es un proyecto que, creo, hoy comparte mucha gente, y el imaginario de la Comuna es central en este proyecto. Por eso, en el libro, traté de pensar en la Comuna, simultáneamente, como perteneciente a nuestro pasado y como una especie de apertura del campo de futuros posibles, en medio de nuestras luchas actuales.

P.- El lujo comunal fue el lema de la sección de artistas de la Comuna y da título a su libro. ¿Puede hablarnos de la génesis de esa expresión?

KR.- A diferencia de la "república universal", el "lujo comunal" no era una de las consignas retumbantes de la Comuna. Encontré la expresión en la última frase del manifiesto que artistas y artesanos elaboraron bajo la Comuna, cuando se auto-organizaron en una federación. Para mí se convirtió en una especie de prisma a través del cual refractar varios inventos e ideas clave de la Comuna de París.

El autor de la expresión, el artesano de artes decorativas Eugène Pottier, es más conocido hasta el día de hoy como autor de *La Internacional*, compuesta al final de la Semana Sangrienta, antes de que la sangre de las masacres se secara en las aceras. Lo que él y otros artistas querían decir con "lujo comunal" era algo así como un programa de acción para la "belleza pública": mejora de pueblos y ciudades, el derecho de todas las personas a vivir y trabajar en un entorno agradable.

Puede pensarse que se trata de una pequeña exigencia, incluso simplemente "decorativa". Pero, de hecho, implica no solo la completa reconfiguración de nuestra relación con el arte, sino también con el trabajo, con las relaciones sociales, con la naturaleza y con el entorno vivido. Significa una movilización total hacia las dos consignas de la Comuna: descentralización y participación. Implica arte y belleza despriva-

tizadas, plenamente integradas en la vida cotidiana, no escondidas en salones privados ni centradas en una monumentalidad nacionalista obscena.

Los comuneros demostraron con sus actos que los recursos y los logros estéticos de una sociedad ya no tomarían la forma de lo que William Morris llamó "esa pieza básica de tapicería napoleónica", la Columna Vendôme. En la pos-vida de la Comuna, en el trabajo de Elisée Reclus, Morris y otros, se muestra cómo la afirmación de que el arte y la belleza florecen en la vida cotidiana contenía las ideas clave de lo que ahora llamaríamos el deseo "ecológico" y que se puede percibir en la "noción crítica de belleza" de Morris, por ejemplo, o en la insistencia de Kropotkin en la importancia de la autosuficiencia regional.

En sus fronteras de alcance más especulativo, el "lujo comunal" implica un conjunto de criterios, de sistemas de valoración distintos a los que ofrece el mercado, para decidir qué valora una sociedad, qué considera precioso. La naturaleza no se valora como una reserva de recursos, sino como un fin en sí misma.

P.- Su libro extiende la vida de la Comuna a las obras de Kropotkin y el socialista británico William Morris, entre otros.

KR.- Es demasiado fácil dejarse llevar, en un trance de horror, por lo que Flaubert llamó la "goticidad" de la Comuna, expresión con la que espero que se refiriera a los horrores de la Semana Sangrienta, la masacre de miles de personas que condujo al final de la Comuna. De ninguna manera minimizo el significado de la masacre. De hecho, veo en ese asombroso intento, por parte del Estado, de exterminar uno a uno y masivamente a sus enemigos de clase, el acto fundacional de la Tercera República.

Pero me he dedicado más a documentar lo que, para mí, sería la prolongación de la Comuna, la manera en que el pensamiento comunero continuó desarrollándose tras la Semana Sangrienta, con los sobrevivientes de la Comuna exiliados reuniéndose y trabajando juntos con partidarios como los

que mencionas, compañeros de viaje para quienes los acontecimientos de la Comuna habían alterado profundamente lo que Jacques Rancière llamaría "la distribución de lo sensible".

Describo cómo la onda expansiva producida por la Comuna y las consiguientes discusiones y prácticas de sociabilidad posteriores, junto a las que sobrevivieron a la Comuna, cambiaron los métodos de estos pensadores, los temas que analizaron, los materiales que seleccionaron, el panorama intelectual y político que trazaron para sí mismos... en resumen, su camino.

Estas ondas post-shock inmediatas son la continuación de la lucha, por otros medios. Son parte del exceso del evento y son tan absolutamente vitales para la lógica de cualquier evento como las acciones iniciales en las calles.

Quizás el mayor cambio pueda detectarse en la trayectoria de Marx después de la Comuna, un cambio que toma la forma paradójica tanto de un fortalecimiento de su teoría como de una ruptura con el concepto mismo de teoría. Para Marx, la Comuna mostró muy claramente que las masas no solo dan forma a la historia, sino que también, al darle forma, transforman el presente y también transforman la teoría misma. Esto, de hecho, es lo que Henri Lefebvre tenía en mente cuando hablaba de la "dialéctica de lo vivido y lo percibido".

El pensamiento y la teoría de un movimiento solo se desencadenan con el movimiento y después del movimiento. Son las acciones las que crean sueños, no al revés.

P.- Piotr Kropotkin, Elisée Reclus y William Morris estaban, como usted argumenta en su libro, preocupados por movilizar las "energías de lo antiguo", asociadas con formas precapitalistas y no capitalistas, con el potencial radical de las prácticas emergentes.

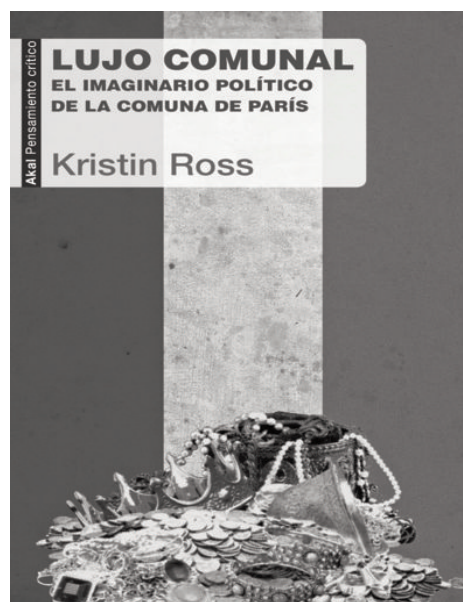
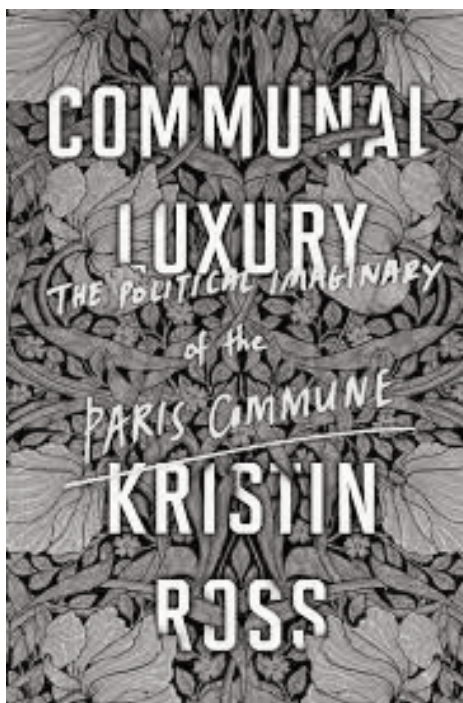
KR.- No solo estos, sino también Marx se preocupó por la existencia, "anacrónica" en su propio tiempo, de formas y modos de vida precapitalistas.

El destino de las *obshchina*, esas formacio-

nes agrarias comunales rusas, que duraron siglos, fue un foco importante de las preocupaciones de los socialistas occidentales. El desafío teórico que tomó forma después de la Comuna giró en torno a la cuestión de una forma-comuna revitalizada: cómo pensar juntas (a) la asombrosa insurrección que tuvo lugar en una gran capital de Europa y (b) la persistencia de esas antiguas formas comunales en el campo.

Todos estos pensadores eran muy conscientes de lo que podríamos llamar "fisuras en el tiempo", momentos en los que la continuidad ininterrumpida de la modernidad capitalista parece romperse y abrirse como un huevo. Los historiadores, en general, temen al anacronismo como el mayor error posible. Tienden, por ejemplo, a minusvalorar el interés de Morris por la Islandia de su tiempo y por su pasado medieval, como si fuera una nostalgia obsesionada. De hecho, Morris fue capaz de ver formaciones precapitalistas y formas de vida como las que habían florecido en la Islandia medieval como algo pasado, parte de la historia, y, al mismo tiempo, como figurativas de un futuro posible.

Esto no es una señal de nostalgia, sino de un modo de pensar profundamente historizado. Sin esto, no tenemos manera de pensar en la posibilidad de cambio, ni de vivir el presente como algo contingente y sin un desenlace conocido.



Enrique Bienzobas

Arte y revolución en la Comuna de París de 1871

El triunfo de la revolución es el triunfo de la poesía

Cartel revolucionario de los años 70 del siglo XX

I

Arte, poesía, revolución..., no se pueden separar, sobre todo en tiempos de crisis, de cambios. En la actualidad el Grupo Surrealista de Madrid afirma que "[la poesía] se hace depositaria de un espíritu revolucionario al ejercer la crítica radical permanente del clima socio-político e intelectual de su época, conduciendo su energía mediante una imaginación que se alza contra las formas establecidas de vida y pensamiento" [VV. AA.: *Situación de la poesía (por otros medios) a la luz del Surrealismo*. Edita: Traficantes de Sueños, Ediciones de la Torre Magnética, Fundació d'Estudis Llibertaris i Anarco-sindicalistes y Colectivo de Trabajadores Culturales La Felguera]. En los años setenta del siglo XX Ernesto Cardenal (creo que la frase que encabeza el texto es suya), Julio Cortázar y otros daban charlas sobre arte y revolución. Unas décadas previas Mayakovsky identificó su poesía con aquella revolución que en *diez días conmovió al mundo* (1). Y unas décadas más atrás París anunciaba la fiesta libertaria, la revolución del arte, de la vida: la Comuna de París de 1871. El fracaso de la revolución de 1848 y el Golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte dieron origen al Segundo Imperio Francés. Una época de grandilocuencia y escenificación, de arte ecléctico sin estilo propio, donde brillan artistas mojigatos discípulos de la moral triunfadora e hipócrita, artistas de segunda fila, arte fácil y que se esconde tras el *Arte por el Arte* que ni siquiera se parece a eso mismo: arte; el arte, para ser crítico y ofrecer nuevos paradigmas, debe huir del eclecticismo.

La situación en política y en arte empieza a dar un giro cuando Courbet rechaza neoclasicismo y romanticismo; su realismo es, desde los inicios, revolucionario. El estudio del pintor se convierte en tertulia de artistas con pretensiones de cambio: Baudelaire, Corot, Daumier, Champfleury, Bonvin, Proudhon... El principio de un profundo cambio se realiza con la exposición de Courbet, titulada "Pabellón de Realismo", al margen de la Academia. Otro factor que explica el inicio del cambio es el procesamiento de Gustave Flaubert a causa de su "inmoral" *Madame Bovary*. Y por fin, las elecciones de 1863 en las que surge una oposición, bien es verdad que poco combativa, pero oposición al fin, dan origen a nuevas tendencias. Se inicia entonces un período en el que la burguesía liberal comienza a sentir amenazado su poder por el cesarismo de Napoleón III, por lo que *su* ejército, puesto que se alimenta del dinero salido de las arcas de esa burguesía, es el que emplea el emperador para reprimir y jugar a la guerra imperialista, sus gastos provocaron una crisis económica en la burguesía, por eso ahora no duda en buscar una alianza *contra natura* con otras clases sociales alejadas del poder. Regresa así con fuerza el apoyo a la república.

En este contexto el arte naturalista se convierte en la alternativa revolucionaria. Zola -del que nadie niegue su paternidad, habla de la influencia que ejerció en él *Madame Bovary* y *La educación sentimental* de Flaubert -no es en estos momentos ningún revolucionario, si es que reivindicar la república frente a Napoleón III es considerado como tal-, tampoco es

el primero en referirse al Naturalismo como estilo artístico. Fueron los hermanos Goncourt que en *Germinie Lacerteux* (1865) escriben en el prefacio lo que se considera el punto de partida de dicho estilo artístico. Ese nuevo arte, enfrentado con el Romanticismo, al igual que la política, empieza a dar señales de iniciativas frente al eclecticismo, frente a la política oficial.

II

Referirnos al arte durante la Comuna es referirnos a la *Federación de Artistas de París*, organismo que nació con la misma Comuna de la mano de Gustave Courbet, el creador de *El taller del pintor* (1855, Museo de Orsay, París) -como él apostilló, una *alegoría real*, es decir, los personajes que aparecen en el taller son reales y, a la vez, representan cada uno una alegoría-, fuertemente influenciado por el anarquismo mutualista de su gran amigo Proudhon, pretende hacer con el arte una pedagogía moral y libertaria, y a eso mismo aspira con la *Federación*: garantizar a cada artista, de la categoría que fuere, una libertad completa de cualquier injerencia, ya sea estatal o privada, también proponía la creación de centros de arte donde se enseñara la filosofía del arte, su ética, así como su historia, rechazando categóricamente la escuela oficial elitista y academicista. El *Manifiesto* de la *Federación de Artistas de París* fue firmado por pintores, escultores, caricaturistas, grabadores, críticos, arquitectos, ornamentalistas, fotógrafos... Entre el público, que asistía a sus reuniones (cada asistente tenía voz y voto), había mujeres, poetas, periodistas, escritores..., como dice el Manifiesto, fue una asamblea de "todas las inteligencias artísticas".

Desgraciadamente *el tiempo de las cerezas fue muy corto* [del poema "El tiempo de las cerezas", de Jean-Batiste Clement], los revolucionarios no lo tuvieron pero sí propuestas que hubieran desarrollado de haberlo tenido, solo les cupo ponerse al frente de instituciones culturales -por ejemplo, Jules Dalou (1832-1902) fue propuesto co-

mo subdirector interino del Museo del Louvre, Élie Reclus como director de la Biblioteca Nacional, etc.- para defender su existencia. Courbet propuso la transformación de las estaciones de ferrocarril, que seguirían funcionando como tales, en *templos de la pintura*, donde los nuevos "santos" serían los murales de industrias y sus temas morales los antiguos "milagros".

Podemos destacar a otro artista, de los cientos que colaboraron con la Comuna, por ejemplo al escultor y escritor Eugène Pottier, que, inspirado en los acontecimientos de la Comuna, escribió para la sección de la Internacional lo que se convirtió en el himno internacionalista del proletariado mundial: *La Internacional* (la música la compuso el músico obrero belga Pierre Degeyter), en la que llamaba desde la Comuna a los pobres de la tierra a agruparse para la lucha final. Quince años más tarde fue adoptada por los marxistas.

Un aspecto interesante de la Comuna fue la fotografía. No fue la primera revolución fotografiada, es posible que fuera la de 1848, pero el uso documental y propagandista que se realizó de ella, sobre todo la de los fotógrafos comerciales que huyeron a Versalles y que sirvieron para identificar a comuneros, o para la policía, como la foto de Théophile Ferré tomada por Eugène Appert. Muchas fueron anónimas, pero hubo fotógrafos destacados como Bruno Braquehais y sus tomas de barricadas; por sus encuadres pasaron mujeres, niños, combatientes, también realizó una serie completa sobre la caída de la columna Vendôme y la imagen de Napoleón.

No cabe duda de que durante la Comuna el aspecto más destacado fue el del periodismo y el cartel. "¡La Comuna ha sido proclamada!", escribía Jules Vallès en su periódico, rescatado ahora de la censura imperial, *Le Cri du Peuple*, el día 30 de marzo, y añadía, "salió de las urnas, triunfante, soberana y armada..." Pues la idea era esa: huir por todos los medios de la guerra civil, tal y como este mismo autor había insistido anteriormente: "¡No dispaes, porque qui-

zás querrían que disparases! [...]. ¡No dispares socialista!; el resplandor de una idea abraza a un mundo e ilumina a otro" (*Le Cri du Peuple*, 28 de febrero), lo cual no impidió la necesidad de defender las barricadas cuando la situación lo exigió.

Muchos fueron los periódicos que saltaron a la luz con la libertad, otros se retiraron debido a las normas publicadas para que, entre otras condiciones, no hubiera artículos sin firmar con el verdadero nombre del autor. La mayoría de poetas y novelistas federados escribieron en alguno de ellos o en más de uno. Jules Vallès, fundador de *Le Cri du Peuple*, escribe también en *La Marseillaise*, desde donde defiende la negativa a pagar impuestos, al servicio militar y al alquiler. Su *Le Cri...*, prohibido tras la derrota de la Comuna, vuelve a resucitar en octubre de 1880, tras la amnistía. Poeta de lenguaje directo y corrosivo es un ejemplo de entusiasmo revolucionario: "¡Tengo la fiebre del entusiasmo!" [Citado por Jean-Pierre Chabrol en *Los poetas de la Comuna*. Los Libros de la Frontera. Barcelona, 1975. Pág. 237].

No podemos olvidar el oficial *Journal de la Commune*, donde Élie Reclus describía el 22 de marzo la situación originada tras la proclamación de la Comuna: "Es la más seria realización de la anarquía que un utopista haya podido jamás imaginar. Legalmente no tenemos gobierno, ni policía ni policías, ni magistrados ni procesos, ni agentes judiciales ni protestos, los propietarios huyen en masa abandonando los inmuebles a los inquilinos, ya no hay soldados ni generales" (2). Los hermanos Reclus, Élie y Élisée, habían estado muy activos tanto científica como políticamente. En esta última actividad habían creado, junto a tres compañeros, la revista *La République des Travaillleurs* (de muy corta vida) cuando cayó el Imperio, donde desde el primer número abogaban por transformar la "República de la Libertad" en la "República de la Igualdad". El 26 de marzo de 1871, los hermanos publican un *Llamamiento al pueblo de París* que, además

de ser publicado en *Le Cri du peuple*, van pegando por las paredes: "...Entre republicanos, entre ciudadanos y franceses no hay que pronunciarse con fusiles ni cañones, sino con el sufragio universal. ¡Ciudadano, a las urnas!"

También hubo escritores opuestos a la Comuna (3), si bien sus "argumentos" no salen del insulto, la mentiras y la manipulación política. Para ellos el arte es un ejercicio aristocrático, elitista. Algunos son románticos conservadores y la mayoría abraza el "arte por el arte".

Para esos escritores el pueblo y la bohemia son, sobre todo a partir de 1848, algo nefasto que habría que ser sometido eternamente. Los pocos que al principio son favorables al movimiento federalista (4), enseguida se echaron para atrás condenando el fusilamiento de generales versalleses, sin hablar para nada de los cientos de fusilamientos ejecutados por el ejército de Versalles sin ningún juicio previo y sin mencionar que la Comuna no firmó ninguna condena a muerte, fueron los ciudadanos los que ejecutaban en función del cabreo que pudieran tener.

Para los escritores opositores el pueblo era el populacho, la mujer una prostituta y los extranjeros era los criminales huidos de sus países que llegaban a París donde reinaba el desorden y, ya se sabe, "a río revuelto..." Sus "temas" se repiten una y otra vez.

III

No quiero terminar esta alusión a la Comuna y el arte sin mencionar, aunque solo sea de pasada, dos temas muy interesantes. Uno el de Rimbaud, el de Louise Michel el otro.

Arthur Rimbaud no participó en la Comuna, no fue un *federado*. Eso sí, estuvo siempre a favor de lo que en ella se hacía, incluso defendió sus posicionamientos cuando ya el poeta dejó de ser uno de aquellos "monos azules del proletariado". La Comuna le inspiró algunos de sus grandes poemas, como *La orgía parisienne* (también conocido como *París se vuelve a po-*

blar), *Las manos de Jean-Marie, El barco ebrio...* Algo más tarde escribió el proyecto de una Constitución *comunista* (5).

El otro tema es el de Louise Michel. Fue una de *Las petroleras*, grupo de mujeres solidarias y combatientes que en las barricadas de la plaza Blanche aguantaron cuatro horas a las tropas de Versalles. Artista, maestra, participante en charlas y asambleas políticas, enfermera de ambulancia, guardia del 61 Batallón federado de París, asesora de instrucción y educación, combatiente en las barricadas... [Louise Michel, *La Comuna de París*, traducido por la librería La Malatesta, ed.: La Malatesta-Tierra del Fuego, Madrid 2014, en cuyo prólogo Dolors Marin Silvestre nos habla de su vida, su obra y sus sueños]. Michel fue una mujer extraordinaria, en lucha por la libertad, que viaja, intelectual y materialmente, del positivismo al anarquismo, en una aventura sensacional a la vez que hermosa. Al ser derrotada por las fuerzas reaccionarias compuestas por militares franceses y prusianos, es detenida y juzgada. Michel empleó el juicio como tribuna política: "Puesto que parece que todo corazón que late por la libertad solo tiene derecho a un poco de plomo, ¡reclamo mi parte! Si ustedes me dejan vivir, no cesaré de gritar venganza, y denunciaré a la venganza de mis hermanos a los asesinos de la comisión de gracias [aquí el presidente del tribunal le corta la palabra] Si ustedes -continúa Louise Michel- no son unos cobardes, mátenme..." [ibidem, 334-335].

El tribunal no la condenó a muerte, pero sí al destierro que sufrió en Nueva Caledonia. El viaje duró cuatro meses, donde mantuvo reuniones con Henri Rochefort, fundador de la revista *La Marseillaise*. En la colonia colabora con la población canaca en su lucha por la independencia, aprendiendo su lengua y realizando labores de enseñanza con ellos. También conoce allí a otra federada, Nathalie Lemel, de la charla entre ambas nacieron en Michel las ideas anarquistas que ya rondaban su cabeza.

Notas

1. El giro dado por los autoritarios a esa revolución dejó de conmover hasta el punto que llevó al poeta futurista a utilizar una pistola como llave para llegar a Caronte.
2. Publicado en Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour. 19 marzo*. Citado por Federico Ferretti "La Comuna de París y los orígenes del pensamiento anarquista: la experiencia de los hermanos Reclus", en *Germinal*, revista de estudios libertarios. Núm. 8 octubre 2009. Págs. 3-42.
3. Paul Lidsky: *Los escritores contra la Comuna*. Trad.: Aurelio García del Camino y Dirección Única. Ed.: Dirección Única. Barcelona 2016. El autor, en su introducción, afirma que "...todos los demás escritores notables toman posición abiertamente contra la Comuna". Las excepciones de las que nos habla son Vallès, Rimbaud, Verlaine, Villiers de L'Isle-Adam y Victor Hugo. Sin embargo Choury y Chabrol en su *Los poetas de la Comuna* ya mencionado, hablan de 22 poetas y escritores más un anónimo. ¿Qué no fueran tan notables como los que él cita? Puede ser, pero la calidad es muy subjetiva, el gusto cambiante y las modas odiosas.
4. Los revolucionarios emplearon en todo momento el término *federal* para referirse a ellos mismos, pues promovían una federación de pueblos, siendo conscientes de que el movimiento asambleario era extremadamente difícil, por no decir imposible, dentro de las fronteras de un país. El ejemplo más destacado de esa revolución libertaria fue el intento, que Versalles junto con el ejército prusiano hicieron imposible, de la Federación del Jura, en Suiza, de apoyar el movimiento *federal*.
5. El libro de Pierre Gascar, *Rimbaud y la Comuna*, Trad.: Manuel Ruiz Angeles, Ed.: Cuadernos para el Diálogo, Madrid 1971, es fundamental para el estudio de este pasaje de la Comuna así como de la vida del poeta.

José Luis Carretero

Después de la Comuna, ¿qué? La reconstrucción del movimiento obrero francés

“Diez años nos separan ya” -escribe Pedro Kropotkin en 1881- del día en que el pueblo de París, derrocando el gobierno de los traidores que se hicieron con el poder a la caída del Imperio, se constituyó en Comuna y proclamó su independencia absoluta. Y, sin embargo, es todavía hacia esa fecha del 18 de marzo de 1871 hacia donde se dirigen nuestras miradas, es a ella donde están ligados nuestros mejores recuerdos; es el aniversario de esta jornada memorable lo que el proletariado de dos mundos se propone festejar solemnemente (...)

Porque la idea, por la que el proletariado francés vertió su sangre en París y por la que ha sufrido las plagas de Nueva Caledonia, es una de esas ideas que, por sí mismas, contienen toda una revolución, una idea amplia que puede acoger bajo los pliegues de su bandera todas las tendencias revolucionarias de los pueblos que marchan hacia su liberación”.

Kropotkin, paje del zar huido de la fortaleza de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo, en la que había sido encarcelado por su activismo democrático, revolucionario transeuropeo y animador de revistas anarquistas de referencia en todo el mundo, se pregunta una década después de la Comuna: “¿De dónde viene esa fuerza irresistible que atrae hacia el movimiento de 1871 las simpatías de todas las masas oprimidas? ¿Qué idea representa la Comuna de París? Y, ¿por qué esa idea es tan atractiva para los proletarios de todos los países, de toda nacionalidad?”

Y, prestamente, se responde a sí mismo: “La respuesta es fácil. La revolución de 1871 fue un movimiento eminentemente popular. Hecho por el pueblo mismo, nacido espontáneamente en el seno de las masas, en la gran masa popular, donde encontró sus defensores, sus héroes, sus mártires, y sobre todo ese carácter *canalla* que la burguesía no le perdonará jamás. Y, al mismo tiempo, la idea generatriz de esa revolución, vaga, es verdad, inconsciente, quizá, pero, no obstante, bien enunciada a través de todos sus actos, es la idea de la revolución social que intenta establecer al fin, después de tantos siglos de lucha, la verdadera libertad y la verdadera igualdad para todos.”

Pero la Comuna fue derrotada. Anegada en sangre. La represión fue feroz. Los distintos núcleos de militantes que la nutrieron de discurso y la implementaron fueron desarticulados, encarcelados, asesinados, vilipendiados. Auguste Blanqui no fue liberado hasta 1879, después de una fuerte campaña internacional por la amnistía.

¿Cómo se reconstruyó el movimiento obrero francés tras la Comuna? ¿Cómo se reorganizaron las fuerzas del cambio social? ¿Cómo se rehace, se rearticula, se levanta de nuevo, un movimiento que ha sufrido una brutal derrota? Esa es, también, una pregunta enormemente pertinente en nuestros días.

Tras la Comuna el sindicalismo tardó en rearticularse, y lo hizo fundamentalmente desde posiciones corporativistas despolitizadas. Se intentaba hacer sobrevivir a los organismos obreros aceptando la legislación vigente (fuertemente represiva hacia las ideas representadas por los *Communards*) y presentándolos como simples gremios dedicados a la mejora de las condiciones de trabajo y de vida de sus miembros. Las perspectivas políticas de los militantes basculaban, fundamentalmente, entre la aún pujante tradición proudhoniana y el corporativismo. El marxismo empieza a introducirse en Francia gracias a los trabajos y acción de Jules Guesde, cuya aproximación a la obra teórica de Marx, según André Barjonet “fue siempre un poco mecanicista y esquemática, cuando no incluso estrecha”.

Entre 1865 y 1867 se dan los primeros destellos de una incipiente reactivación, con la constitución de las primeras Bolsas del Trabajo en París, Marsella, Nîmes y Bourges. Las Bolsas son grandes locales y entidades organizativas donde se dan cita las cooperativas obreras y los sindicatos de una misma localidad, en las que las actividades culturales son habituales y suele haber una biblioteca y una Bolsa de Empleo que inicia procesos de negociación colectiva con el empresariado.

A partir de 1887, el sindicalismo francés se ve sometido a una creciente agitación centrada en la consigna de la huelga general, por parte de una nueva generación de militantes. Se producen las primeras celebraciones del 1 de Mayo, impulsadas por Joseph Tortellier, Aristide Briand y Fernand Pelloutier. Tortellier, de forma reiterada, lanza la propuesta de la huelga general con una triple finalidad: afirmar la solidaridad con las huelgas locales y sectoriales, arrancar reivindicaciones políticas al Gobierno, y realizar una intentona revolucionaria que establezca las bases de un socialismo propiamente sindical.

En 1892, bajo la inspiración de Fernand Pelloutier, que está basculando rápidamente

de sus iniciales posiciones cercanas al socialismo broussista a un anarquismo obrero de nuevo cuño, se constituye la Federación Nacional de las Bolsas del Trabajo, un modelo organizativo innovador que contribuye a articular regional y localmente a los organismos proletarios antedichos con un funcionamiento autónomo respecto de los partidos socialistas y republicanos del momento. Un año después, este sector militante, que agrupa a gran parte de los sindicatos y de las Bolsas del Trabajo, conforma el Comité Nacional de Organización de la Huelga General, y empieza a publicar, como portavoz de su corriente, el periódico “*La Grève Générale*”.

Paulatinamente, en base al impulso de la consigna de la Huelga General y al ejemplo práctico de las Bolsas del Trabajo, las distintas corrientes autónomas van haciéndose fuertes en la Federación Nacional de los Sindicatos, para acabar constituyendo, en el Congreso de Limoges de 1895, una organización propia e independiente: la Confederación General del Trabajo (CGT), que termina por confluir con el movimiento de las Bolsas del Trabajo en un nuevo Congreso en 1902, que nombra secretario general de la entidad resultante a Victor Griffuelhes.

En 1906, en plena expansión, la CGT aprueba la llamada Carta de Amiens, su documento programático fundamental. En los siguientes años, se desarrolla el trabajo más conocido del sindicalismo revolucionario francés, tanto desde el punto de vista organizativo como desde una perspectiva teórica. Se suceden los textos de sus activistas y pensadores más afamados, como Fernand Pelloutier, Hubert Lagardelle, Georges Sorel (con sus famosas “Reflexiones sobre la violencia”, publicadas en Francia en 1908), Edouard Berth, Paul Dellesalle, Georges Yvetot o Emile Pouget, entre otros.

La corriente del “sindicalismo revolucionario” francés es una amalgama plural de militantes que se identifican con perspectivas ideológicas variadas. Junto al marxis-

mo de la “Nueva Escuela” representado por Sorel o por Berth, encontramos también “anarquistas obreros” como Pelloutier o Pouget, en un equilibrio inestable, pero firmemente basado en una serie de elementos teóricos compartidos.

La base de esa acción conjunta está en el rechazo, por parte de una nueva generación activista, de los dos polos fundamentales del pensamiento heredado en su tiempo, que habían permeado profundamente el mundo sindical, convirtiéndolo en una correa de transmisión de perspectivas de grupo ajenas a la propia experiencia de la lucha de clases. Estos dos polos están constituidos por el socialismo y el republicanismo parlamentarios, por un lado, y el anarquismo doctrinario, contrario a la acción sindical, por el otro.

Las críticas al parlamentarismo y al reformismo de socialistas y republicanos forman una parte esencial del pensamiento de los teóricos del sindicalismo revolucionario. Así, Hubert Lagardelle, por ejemplo, escribe: “Los socialistas parlamentarios han creído que no había más que apoderarse del Estado para cambiar la faz del mundo. Un simple decreto de la autoridad política sancionaba la obra de la evolución capitalista, y así, la sociedad nueva se creaba mecánicamente. Este optimismo gubernamental que reduce todo a una simple modificación del personal político, lo han compartido por igual las dos formas del socialismo parlamentario: el socialismo reformista y el socialismo revolucionario. Uno y otro tienen la misma fe en la virtud mágica del poder. Sólo se diferencian en la manera de entender la conquista del Estado. Los reformistas aspiran a poseerlo poco a poco, en colaboración con los demás partidos, hasta el momento en que, habiendo conseguido la mayoría parlamentaria, dispongan de todo él. Los revolucionarios lo quieren en bloque, por un golpe de fuerza, dictatorialmente. Pero ni los unos ni los otros parecen comprender que la posesión del Estado por políticos socialistas no haría adelantar la cuestión ni una

pulgada. Los sentimientos y aptitudes de los hombres no se transforman por una orden dictada por el Poder, y el mecanismo legislativo no sule a una realidad desfalleciente. El Estado, organismo muerto y exterior a la sociedad, no produce nada: solo la vida es creadora.”

Lagardelle entiende que: “Este error del socialismo parlamentario dimana, según el sindicalismo, de su creencia en que los partidos eran la expresión política de las clases. Más, si las clases son los productos naturales de la economía y de la historia, los partidos no son más que creaciones artificiales de la sociedad política. Sus rivalidades e intrigas no afectan al fondo real del mundo social. No hay ninguna relación entre la ascensión al poder de políticos socialistas y los progresos de la clase trabajadora. La participación en el gobierno de diputados socialistas como Millerand, Briand y Viviani, no ha cambiado la naturaleza del Estado, no ha modificado las relaciones entre las clases ni ha dado al proletariado la capacitación que necesita. Y lo que es cierto de la conquista fragmentaria del Estado por algunos socialistas, es igualmente exacto con respecto a su conquista global por todo el partido socialista. Cuando Augusto bebía, quizá Polonia estuviera borracha; pero, aunque algunos socialistas sean ministros, o aunque todos los ministros sean socialistas, los obreros seguirán siendo obreros.”

Lagardelle, además, enfatiza los efectos perversos de la confianza en el socialismo parlamentario para el proletariado francés: “El peligro de semejante táctica es grave: concentrando de este modo todas las esperanzas del proletariado en la intervención milagrosa del Poder, diciéndole que espere su liberación de una fuerza externa, el socialismo parlamentario ha paralizado en él todo esfuerzo personal y le ha desviado de obras positivas. Más aún: al reclamar la extensión ilimitada de las funciones del Estado, se ha confundido con el estatismo vulgar, es decir, con la más deprimente de las concepciones sociales.”

Pero la nueva generación militante también marca las diferencias con lo que podríamos calificar de “anarquismo doctrinario e individualista”. El anarquismo de las grandes personalidades, de los mitos utópicos, de la correspondencia internacional entre gentes que poco o nada quieren tener que ver con las luchas obreras reales. Por ello, Edouard Berth afirma en su folleto “Anarquismo y sindicalismo”: “El anarquismo es siempre una protesta contra la civilización capitalista, considerada por él como un régimen bárbaro y monstruoso de violencia y opresión. Y el carácter de esta protesta consiste en ser una protesta puramente negativa, hasta reaccionaria: es la protesta de las clases extra-capitalistas, a las cuales el capitalismo viene a trastornar la vida, a deshacer los hábitos, a herir los sentimientos más profundos y tradicionales. La protesta sindicalista es muy diferente. El sindicalismo, como hemos dicho, se considera el heredero directo del capitalismo, y admira el poder de creación de este (...) el sindicalismo considera al capitalismo como un maravilloso mago que ha sabido, gracias a la audacia combinada con la iniciativa individual y la cooperación, hacer surgir del seno del trabajo social, donde dormían, todas las infinitas fuerzas productivas humanas. Pero piensa que el papel histórico del capitalismo que ha despertado el genio social, que ha sacado al trabajador de su aislamiento, que ha plegado a los hombres al trabajo colectivo, ha terminado ya; los trabajadores, una vez constituidos en grupos de producción y después de haber adquirido en sus largas luchas contra sus patronos el espíritu de audacia y de iniciativa al mismo tiempo que el sentido de la asociación libre, pueden continuar la obra del capitalismo sin necesidad de su tutela ni de su férula. Hay una transfusión del espíritu de iniciativa y de responsabilidad del actual director privado de empresa al seno del grupo productor; y al mismo tiempo, la fuerza colectiva obrera, dueña de sí misma, no es ya captada ni enajenada en provecho de uno solo.”

Para Berth, por tanto: “La metafísica anarquista es incapaz de comprender esta revolución marxista y sindicalista, porque, para ella, la sociedad no tiene existencia propia ni aparece nunca más que bajo el aspecto de una limitación, de una represión arbitraria y opresiva de la independencia individual. Es una metafísica monadológica o atomística para la cual la sociedad no es nunca sino una yuxtaposición de unidades individuales; lo real, a sus ojos, es el individuo; lo demás solo es fantasía, quimera, ilusión. El anarquismo hace del individuo un absoluto, incapaz de entrar en ninguna combinación social sin sentirse en ella arbitrariamente oprimido, aplastado.”

A este individualismo exacerbado, el sindicalismo opone una comprensión certera del ser social, basada en que, según Berth: “Sociedad no significaría yuxtaposición, adición arbitraria de individuos que fueran absolutos y no entraran en un sistema dado más que limitándose y disminuyéndose unos a otros, antes al contrario, cooperación en que los esfuerzos se multiplican, unos por otros, de suerte que para el individuo no hay pérdida, sino que gana con participar en ellos, pues soledad equivale a impotencia, miseria, incapacidad, y asociación significa poder, riqueza y capacidad centuplicadas.”

Pero el mismo Berth, seguidamente, nos sorprende con un giro inesperado, a la hora de analizar las bases teóricas que fundamentan la propuesta propiamente sindicalista:

“Nadie ha expuesto esta teoría de la realidad del ser social tan magníficamente como Proudhon, el presunto padre del anarquismo. (...) no sería inútil, para terminar este estudio sobre el anarquismo y el sindicalismo, examinar de cerca el anarquismo proudhoniano. Veremos que este supuesto anarquismo es, en realidad, lo que llamamos sindicalismo. Claro que no exactamente, pero sí en su espíritu y su tendencia íntima. Sí; a decir verdad, Proudhon es, con Marx, el antiguo teórico más auténtico del sindicalismo revolucionario.”

Así que la crítica del anarquismo, por parte del sindicalismo revolucionario, no es una impugnación “en bloque” de toda perspectiva ácrata, sino una crítica acerada del anarquismo concreto que se ha encontrado esta generación militante al empezar a dinamizar las fuerzas del movimiento obrero. Lo explica Hubert Lagardelle: “No hay, pues, similitud entre el anarquismo y el sindicalismo. Existe, cierto, una nueva tendencia que con el nombre de anarquismo obrero aspira a confundirse con el sindicalismo. Pero en realidad vuelve la espalda a las teorías anarquistas tradicionales, y el anarquismo oficial le combate, considerándolo como una desviación”.

¿Cómo ven esta contradicción los sindicalistas revolucionarios que se consideran, al tiempo, anarquistas? Hemos de tener en cuenta que no son pocos ni carecen de relevancia en el ambiente sindical. Gran parte de los cuadros de la CGT y de las Bolsas del Trabajo se sienten estrechamente vinculados con el pensamiento libertario. Citemos, tan solo, a Fernand Pelloutier, Emile Pouget o el propio Victor Griffuelhes. Pelloutier, de hecho, publica una conocida “Carta a los Anarquistas” en la que reclama a los libertarios que: “Respetaran a aquellos que creen en la misión revolucionaria del proletariado de proseguir de manera más metódica, activa y obstinada que nunca la obra de educación moral, administrativa y técnica necesaria para hacer factible una sociedad de hombres libres”.

Pelloutier, en definitiva, piensa que “entre la unión corporativa que se elabora y la sociedad comunista y libertaria, en su periodo inicial, hay concordancia”. Y termina aconsejando a los obreros “que amplíen, pues, el campo de estudio abierto así ante ellos. Que, comprendiendo que tienen en sus manos toda la vida social, se acostumbren a no poner más que en ellos la obligación del deber, a detestar y romper toda autoridad extraña. Esta es su misión, este es también el objeto de la anarquía.”

Los militantes de la CGT escribirán algunas de las páginas más interesantes de la

historia del sindicalismo global. Su influencia sobre las dinámicas que dieron lugar al Congreso fundacional de la CNT española, en 1910, y el potente rastro de sus planteamientos en la obra escrita de los militantes del sector más sindicalista de dicha organización (Ángel Pestaña, Joan Peiró, Marín Civera, Salvador Seguí) no puede ser negada. Los wobblies norteamericanos, la SAC sueca o la USI italiana también fueron fuertemente influenciados por las perspectivas del sindicalismo revolucionario francés.

La CGT acabó transformándose. Tras los fracasos a la hora de intentar implementar la Huelga General Revolucionaria prometida, el impacto de la deriva patrioter del sindicalismo europeo durante la Primera Guerra Mundial empezó a agrietarla, provocando la escisión de los sectores comunista y anarquista, y de los sindicalistas más revolucionarios, que formaron la CGTU (Confederación General del Trabajo Unitaria), que pronto caería bajo el influjo dominante del Partido Comunista Francés, mientras los anarquistas, liderados por Pierre Besnard, trataban infructuosamente de dar vida a una nueva CGT-SR (Confederación General del Trabajo-Sindicalista Revolucionaria). En el verano de 1936, tras una enorme oleada espontánea de ocupaciones de fábricas, la CGT más sindicalista firmaría con el Estado francés el acuerdo que, a la postre, significaría el pistoletazo de salida del Estado de Bienestar en Occidente (vacaciones pagadas, seguros sociales, convenios colectivos...). La posterior reunificación de CGT y CGTU daría lugar a una nueva central, mayoritaria en Francia tras la Segunda Guerra Mundial, dedicada al sindicalismo de concertación, pese a mantener formalmente la vigencia estatutaria de la “Carta de Amiens” y el lenguaje “incendiario”. Su papel reaccionario en la gran conflagración de mayo de 1968 ha sido muchas veces remarcado.

Las trayectorias vitales de muchos de los militantes de las primeras generaciones del sindicalismo revolucionario francés tam-

bién darían para debates enardecidos. Benoit Franchon pasó del anarquismo al estalinismo, y de ahí a convertirse en el paradigma del gran burócrata sindical. George Sorel se convirtió, consciente o inconscientemente, en la musa de los “sindicalistas nacionales” italianos que fundaron el Partido Nacional Fascista junto a Benito Mussolini, Dellesalle fue ministro de Trabajo en el régimen de Vichy, Lagardelle combatió en la Resistencia contra los nazis. Fernand Pelloutier murió absurdamente joven, derrotado por la tuberculosis y el exceso de trabajo.

En todo caso, después de la inspiradora y sangrienta derrota de 1871 hubo un renacer, una reconstrucción. Se inició un nuevo ciclo que generó nuevas expectativas alimentadas por lo aprendido en la Comuna, por lo visto en París. Se iniciaron nuevas tramas en la Historia de la clase obrera francesa. Se rememoró la sangre de los mártires y se sacaron muchas lecciones de sus éxitos y fracasos, pero también se inventaron otras formas de luchar y se idearon nuevas consignas.

En 1881, mientras las Bolsas del Trabajo animan y organizan de nuevo a los obreros de las ciudades y pueblos de Francia para celebrar el aniversario de la Comuna, Pedro Kropotkin escribe: “En efecto, los proletarios reunidos ese día en los mítines ya no se limitan a elogiar el heroísmo del proletariado parisiense, ni a clamar venganza contra las masacres de mayo. Reafirmando en el recuerdo de la lucha heroica de París, van más lejos. Discuten las enseñanzas que hay que extraer de la Comuna de 1871 para la próxima revolución; se preguntan cuáles fueron los errores de la Comuna, y ello no por criticar a los hombres, sino para hacer resaltar cómo los prejuicios sobre la propiedad y la autoridad que reinaban en ese momento impidieron a la idea revolucionaria florecer, desarrollarse e iluminar el mundo entero con sus luces vivificadoras.

La enseñanza de 1871 ha aprovechado al proletariado del mundo entero y, rompiendo con los viejos prejuicios, los proletarios han dicho clara y simplemente cómo entienden su revolución.”

¿Se puede hablar de melancolía respecto a un hecho histórico? Creo que es difícil tener ese sentimiento sobre un acontecimiento en el que no hemos participado. A pesar del imaginario y de la máquina del tiempo, no puede identificarse un acontecimiento histórico. El historiador o el observador, para usar la expresión de Benjamin, participa, si puede, en la recuperación de un fragmento del pasado sumergiéndolo en una actualidad en la que la expresión del ayer encontrará todo su sentido. Revivir el pasado de antaño, incluso si se trata de movimientos que tienen resonancia en el presente, conlleva el riesgo de que el melancólico eluda los desafíos de su propio tiempo. La rememoración es, en mi opinión, un proceso diferente y no se puede comparar con la melancolía. La rememoración es mucho más activa, más consciente, permite extraer del pasado un fragmento perdido, olvidado, distorsionado, para darle nueva vida en una nueva actualidad. Tenemos que aceptar la idea de que un acontecimiento siempre es inédito, nunca imita, ni repite ni caricaturiza el pasado, dijera lo que dijera Marx.

Michèle Riot-Sarcey

entrevistada por Justine Huppe y Denis Saint-Amand

"La Commune, une expérience réelle de l'utopie?"

<https://journals.openedition.org/contextes/10094>

Maurice Dommanget

La concepción comunalista

Fragmento del folleto *La Commune et les communards*, Maurice Dommanget (1888-1976). Cuadernos Spartacus, serie Les Égaux, como suplemento a la revista Masses, mayo 1947, n° 9, editada por René Lefeuve.

Maurice Dommanget fue enseñante, sindicalista revolucionario e historiador. René Lefeuve (1902-1988), socialista libertario, dirigió las Editions Spartacus desde 1936 hasta su muerte.

Al explicar lo que la Comuna entendía con tal denominación, tanto por boca de Charles Victor Beslay el 28 de marzo de 1871 como a través de la declaración al pueblo francés del Consejo de la Comuna (19 de abril), escrita por Pierre Denis, y al respaldar todas las tesis sobre la autonomía comunal, la insurrección victoriosa proclamaba abiertamente *su voluntad de transformación social en la libertad y desde la base*. Este es un hecho de extrema importancia sobre el que no se ha insistido lo suficiente.

Puede decirse que *la idea de la Comuna fue el lugar geométrico de varias concepciones*. En primer lugar, *la concepción pragmática* surgida en los cerebros parisinos como consecuencia de los logros municipales debidos a la fuerza de las cosas durante los cinco meses del asedio.

Y también otras concepciones:

- *La concepción de la protesta permanente contra el régimen de excepción* y la centralización excesiva que asfixiaban a la capital.

- *La concepción revolucionaria que reivindicaba el movimiento comunal de la Edad Media, de la Comuna del 10 de agosto de 1792 y de la Comuna extremista de 1793.*

- *La concepción descentralizadora y federalista*, puesta en boga por la Internacional y que se referenciaba en Proudhon.

- *La concepción fourierista* -no olvidemos que Victor Considérant se unió a la Comuna- según la cual durante el garantismo o periodo transitorio entre el capitalismo y el socialismo, la Comuna se convertiría en el gran taller de las reformas sociales, el elemento alveolar de la sociedad en formación.

Todos estos conceptos, que no siempre se ajustan entre sí, se unen indudablemente por su origen y por su aspiración común a un medio social y a una forma de gobierno en oposición al mundo burgués. Apuntan a reducir el gobierno sobre los hombres y a incrementar, por el contrario, la administración de las cosas, siguiendo la norma general del socialismo.

Así, el *concepto proudhoniano de Comuna*, aunque él mismo lo niegue, está lejos de ser puro, sin mezcla revolucionaria. Ya en un folleto del año VIII (1799) un oscuro médico rural, Duran, de Saint-Girons [https://www.akal.com/libro/lujo-comunal_35187/\(Hautes-Pyrénées\)](https://www.akal.com/libro/lujo-comunal_35187/(Hautes-Pyrénées)), bosquejaba el plan de una nueva organización política y social de Francia, basada en la autonomía comunal y en la federación de las comunas, aplicando, *avant la lettre*, la célebre fórmula: "El individuo libre en la comuna libre". Inversamente, el *concepto jacobino de la Comuna* también estaba lejos de una pureza ajena totalmente al proudhonismo. El ejemplo lo suministra Tridon, autor de *Les Hébertistes* y gran apologista de la Comuna de 1793. Es Tridon quien, con Vallès y otros, se encarga de redactar el célebre *Affiche rouge* que llamó el 5 de enero de 1871 a la formación de la Comuna, en el que puede leerse: "La municipalidad o la Comuna, da igual cómo se la llame, es la única salvación del pueblo. Lo que esperaba Tridon de la Comuna lo había precisado ya desde 1865 cuando anunció que "la sentencia última a los aristócratas" sería pronunciada "por las 40.000 comunas de Francia y las del mundo entero agrupadas en torno a la Comuna de París".

Cuando se leen los escritos de los comuneros no queda ninguna duda sobre que estaban muy influenciados por la *literatura socialista anterior*, que diseñaba para el futuro el boceto de un régimen liberado de toda opresión por parte de un poder central, asegurando plenamente la soberanía política de la ciudad, así como la soberanía económica en el taller.

Los miembros influyentes de la *École sociétaire* [fourierista] como Victor Considérant con su *Destinée sociale*, Wladimir Gagneur y su *Socialisme pratique*, Charles Brunier con sus artículos del *Almanach phalanstérien*, habían extendido la noción de que la Comuna era el alfa y el omega de la reorganización social.

Para Considérant, lo importante era la reorganización de la Comuna, su constitución,

el establecimiento de la Comuna modelo. Gagneur, sobre la base de una comuna del Franco Condado y partiendo de las asociaciones coooperativas entre diversas granjas para producir quesos y otros productos lácteos, había demostrado cómo se podía hacer de una comuna rural una pequeña República social. Brunier mostraba la organización de la Comuna como "el objetivo superior a alcanzar" y hacía de las comunas emancipadas, libres, asociadas y solidarias la columna vertebral de la unidad nacional e internacional.

Los posibilistas, los seguidores del sindicalista y socialista Jean Allemane y también el sindicalista revolucionario Fernand Pelloutier, con posterioridad a 1871, debieron inspirarse en estas opiniones, a las que ahora vemos con más simpatía una vez que la Revolución rusa nos ha demostrado cómo la victoria de los obreros y campesinos puede mutar en dictadura infernal sobre el proletariado.

El debate sobre el Comité de Salvación Pública

El 28 de abril de 1871 Jules Miot presentó ante la asamblea de la Comuna de París la propuesta de crear un Comité de Salvación Pública formado por cinco miembros con plenos poderes sobre todas las comisiones (diez) constituidas por la Comuna y solo responsable ante la Comuna. Miot era un marcado jacobino, aunque a la vez formaba parte de la Internacional.

Esa propuesta no podía por menos que rememorar el dictatorial Comité de Salvación Pública de 1793-1794 y arrastrar fuertes polémicas. En lo que sigue se presentan dos documentos: uno, elaborado por la asociación *Les Amies et Amis de la Commune de Paris* (1871), bajo el título *Commune 1871: éphéméride 1er mai 1871 - Formation du Comité de Salut public*, se refiere a la aprobación por la Comuna de dicha propuesta; el segundo, es una declaración firmada por la minoría opuesta a la formación del Comité.

I. La formación del Comité de Salvación Pública (*Amies et Amis de la Commune*)

La propuesta de Jules Miot del 28 de abril de 1871 puso en crisis a la asamblea de la Comuna. El 30 de abril, la discusión programada al terminar la sesión anterior fue tensa, incluso violenta según algunos participantes. ¿Hace falta despertar el espíritu del Año II [1793] reproduciendo el modelo del "Gran Comité" robespierrista? ¿Se puede designar un Comité de Salvación Pública, pero restringiendo estrictamente sus competencias? ¿Hay que insistir en la ruptura con fórmulas precedentes o por el contrario hay que subrayar la continuidad con la decisión inaugural del 29 de marzo y con el ajuste organizativo del 20 de abril?

Mientras que los comunicados anuncian la captura del fuerte de Issy por los versalleses, los oponentes al comité defienden su causa con ardor: "Tras este Comité de Salvación Pública se oculta una dictadura", exclama Jules Allix, alcalde del distrito 8. François Ostyn (distrito 19) le califica como "realeza disfrazada", y el internacionalista Jules Babick (distrito 10) habla de "retorno a los hábitos monárquicos".

Por su parte, Jules Miot (distrito 19) y Félix Pyat (distrito 10) defienden ardientemente el proyecto, y otros tratan de modularlo. Pierre Vésiner, electo por el distrito 1 y redactor jefe del Diario Oficial, quiere creer que no habrá riesgo de dictadura si los miembros de la Comuna gozan de un estatuto de inviolabilidad. Edouard Vaillant, del distrito 8, reconoce que la Comuna es un "parlamento donde todos dan su opinión", pero le preocupa "la parodia revolucionaria".

Georges Arnold, elegido el 16 de abril, Pierre Langevin y Jules Vallès, del distrito 15, intentan calmar la tensión proponiendo cambiar el nombre del nuevo organismo, sobre lo que se hizo una votación que terminó en empate (26 votos para Comité de Salvación Pública, 26 para Comité Ejecutivo). Pero otra votación, sobre un artículo que fijaba el número de miembros del nuevo organismo en cinco, esboza los contornos de una clara mayoría (33 votos contra 16). En la noche del 30 de abril se perfila tímidamente una dinámica mayoritaria, pero la situación sigue siendo confusa.

Fue al día siguiente, 1 de mayo, que todo se decanta, entre la emoción suscitada por la caída del fuerte de Issy. Por segunda vez, la asamblea se pronuncia sobre el nombre del futuro organismo: se refuerza la mayoría a favor del nombre ya usado en 1793, Comité de Salvación Pública, con 34 votos a favor y 28 en contra. Finalmente 45 votantes están a favor de formar un Comité de Salvación Pública, frente a 23 que lo rechazan.

Un poco más tarde, el Ayuntamiento nombra a los miembros del Comité: Antoine Arnaud (33 votos), Gabriel Ranvier (27), Léo Melliet (27), Félix Pyat (24) y Charles Gérardin (21), amigo de Rossel al que apoyó hasta el final. Los "jacobinos" y los blanquistas parecen haber ganado.

La votación del 1 de mayo establece un corte binario, que opone a una mayoría y a una minoría. El 1 de mayo de 1871, 23 miembros votaron en contra de la creación de este Comité; el 16 de mayo 22 firmaron un manifiesto "de la minoría" explicando su oposición. Si superponemos las dos listas, llegamos a que 25 miembros constituyen la fracción minoritaria de la asamblea (los internacionalistas Arnold y Fränkel votaron por el Comité, pero luego firmaron el manifiesto).

En todo caso, sobre la base de esta división Arthur Arnould distingue a los partidarios del "principio antigubernamental" de los del "Estado unitario y centralizador" Gustave Lefrançais hace lo mismo, opo-

niendo el "partido revolucionario dictatorial" y la "minoría", con algunas dudas sobre el número de miembros de cada parte. Pero si se toma en cuenta todo el período comunal, la clasificación se vuelve mucho más compleja y la realidad resulta mucho más fluida que lo que sugieren los votos binarios. Elaborando la tipología de los diputados electos del 26 de marzo, el propio Lefrançais pinta un cuadro más variado, con "republicanos moderados y radicales no socialistas", "socialistas de la Internacional" y "republicanos jacobinos y blanquistas", lo que aún queda lejos de reflejar toda la complejidad de aquella situación.

Es cierto que las fidelidades de esa época son inciertas, a veces plurales. Alrededor de cuarenta miembros electos de la Comuna son miembros de la Internacional o cercanos a ella. Pero, tras esa etiqueta, son muchas las diferencias que separaban a los cercanos a Marx (Fränkel, Auguste Séraillier), los proudhonianos históricos (Beslay, Victor Clément), los post-proudhonianos "colectivistas" y cercanos a las ideas de Bakunin (Lefrançais, Malon, Varlin), los blanquistas (Henri Mortier, Jean-Jacques Pillot...) y los jacobinos más tradicionales (Pyat). Finalmente, sólo quince formaban parte de los veinticinco miembros electos de la minoría, y los demás se unieron a ellos con distintos grados de entusiasmo. La Internacional hacía la función de "izquierda de la izquierda" o de "izquierda radical", para usar etiquetas actuales que no existían entonces, pero estaba lejos de constituir un bloque.

La nomenclatura de las ideas no es simple, y menos aún el desglose de los individuos en grupos distintos. A lo sumo, podemos delimitar unos núcleos que, en el corazón del volcán, han resultado ser los más aptos para agrupar a los combatientes en un campo de contornos muy definidos. Los más coherentes y los más opuestos son, sin duda, los blanquistas probados (de 12 a 14, incluidos Eudes, Rigault y Théophile Ferré) y el bloque de quince internaciona-

listas minoritarios antes citado. Los otros son revolucionarios independientes, a veces "jacobinos"-una corta decena, como los veteranos de 1848, Delescluze, Jules Miot o Pyat- o socialistas de sensibilidades diversas, rojos o radicales más o menos herederos del sansimonismo, el fourierismo o el proudhonismo (Arnould, Jourde, Vallès, Courbet...). Las circunstancias los separaron en dos bloques extendiendo su enemistad; sus trayectos anteriores y posteriores, sin embargo, ofrecen una paleta de colores mucho más rica y no menos cierta que la cómoda imagen de los dos campos. La diversidad de los comuneros fue en cierto sentido una oportunidad y podría haber contribuido al dinamismo de la revolución comunista, si la situación no hubiera sido la de la guerra civil. Pero en el París de la primavera de 1871, aislado y rodeado de fuerzas militares superiores, tendió demasiado pronto a la cacofonía.

II Declaración de la minoría de la Comuna (15/5/1871)

A través de una votación específica, la Comuna de París ha abdicado de su poder y lo ha dejado en manos de una dictadura a la que han denominado "Comité de Salvación Pública". Al votar así, la mayoría de la Comuna se ha declarado irresponsable y ha abandonado todas las responsabilidades referentes a nuestra situación en manos de dicho Comité.

La minoría a la que pertenecemos afirma, por el contrario, que la Comuna está obligada ante el movimiento revolucionario, político y social a aceptar todas las responsabilidades sin renunciar a ninguna, por muy dignas que pudieran ser las manos en que se abandonasen.

Por nuestra parte, al igual que la mayoría, queremos que se lleven a cabo las reformas políticas y sociales, pero, a diferencia de lo que piensa esa mayoría, reivindicamos, en nombre de los votantes a quienes representamos, el derecho a responder por nuestros actos ante nuestros electores, sin ocultarnos tras una dictadura suprema que nuestro

mandato no nos permite aceptar ni reconocer. En consecuencia, hemos decidido no participar en la asamblea salvo cuando esta se constituya en tribunal para juzgar a alguno de sus miembros.

Consagrados a nuestra gran causa comunal, por la que cada día mueren tantos ciudadanos, nos retiramos a nuestros distritos, quizá demasiado desatendidos.

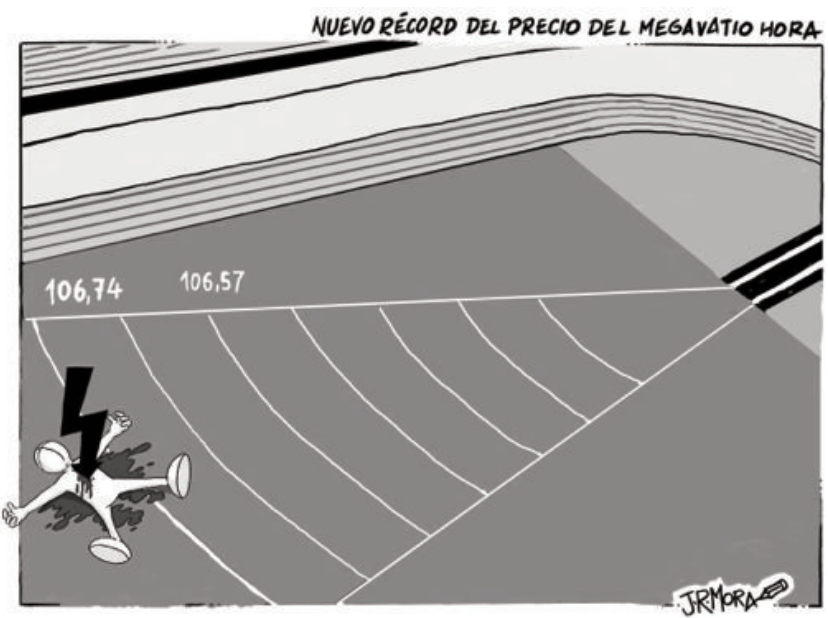
Convencidos como estamos de que la guerra es en este momento el asunto prioritario, usaremos el tiempo adicional que esta renuncia a ciertas funciones nos deje para unirnos a nuestros hermanos de la Guardia Nacional y tomar parte en esta lucha decisiva sostenida en nombre de los derechos del pueblo.

De esa forma también serviremos de manera útil a nuestras convicciones y evitaremos crear en la Comuna rupturas que rechazamos, persuadidos de que tanto la mayoría como la minoría, pese a nuestras divergencias políticas, perseguimos los mismos objetivos: la libertad política y la emancipación de los trabajadores.

¡Viva la República social!

¡Viva la Comuna!

Ch. Beslay, Jourde, Theisz, Lefrançais, Eugène Gérardin, Vermorel, Clémence, Andrieu, Serrailier, Longuet, Arthur Arnould, Victor Clément, Avrial, Ostyn, Frankel, Pindy, Arnold, Jules Vallès, Tridon, Varlin, Gustave Courbet. Benoît Malon estuvo ausente el 15 de mayo, pero se sumó a la declaración al día siguiente.



imágenes de un trimestre

Obra gráfica generosamente cedida por:
Juan Ramón Mora (jrmora.com)

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

LIBERTÉ — ÉGALITÉ — FRATERNITÉ

COMMUNE DE PARIS

MANIFESTE

DU

COMITÉ CENTRAL DE L'UNION DES FEMMES

POUR LA DÉFENSE DE PARIS ET LES SOINS AUX BLESSÉS

Au nom de la Révolution sociale que nous acclamons, au nom de la revendication des droits du travail, de l'égalité et de la justice, l'Union des Femmes pour la défense de Paris et les soins aux blessés proteste de toutes ses forces contre l'indigne proclamation aux citoyennes, parue et affichée avant-hier, et émanant d'un groupe anonyme de réactionnaires.

Ladite proclamation porte que les femmes de Paris en appellent à la générosité de Versailles et demandent la paix à tout prix...

La générosité de lâches assassins!

Une conciliation entre la liberté et le despotisme, entre le Peuple et ses bourreaux!

Non, ce n'est pas la paix, mais bien la guerre à outrance que les travailleuses de Paris viennent réclamer!

Aujourd'hui, une conciliation serait une trahison!... Ceserait renier toutes les aspirations ouvrières, acclamant la rénovation sociale absolue, l'annéantissement de tous les rapports juridiques et sociaux existant actuellement, la suppression de tous les privilèges, de toutes les exploitations, la substitution du règne du travail à celui du capital, en un mot, l'affranchissement du travailleur par lui-même!...

Six mois de souffrances et de trahison pendant le siège, six semaines de lutte gigantesque contre les exploiters coalisés, les flots de sang versés pour la cause de la liberté sont nos titres de gloire et de vengeance!...

La lutte actuelle ne peut avoir pour issue que le triomphe de la cause populaire... Paris ne reculera pas, car il porte le drapeau de l'avenir. L'heure suprême a sonné... place aux travailleurs, arrière à leurs bourreaux!...

Des actes, de l'énergie!...

L'arbre de la liberté croît arrosé par le sang de ses ennemis!...

Toutes unies et résolues, grandes et éclairées par les souffrances que les crises sociales entraînent toujours à leur suite, profondément convaincues que la Commune, représentant des principes internationaux et révolutionnaires des peuples, porte en elle les germes de la révolution sociale, les Femmes de Paris prouveront à la France et au monde qu'elles aussi sauront, au moment du danger suprême, — aux barricades, sur les remparts de Paris, si la réaction forçait les portes, — donner comme leurs frères leur sang et leur vie pour la défense et le triomphe de la Commune, c'est-à-dire du Peuple!

Alors, victorieux, à même de s'unir et de s'entendre sur leurs intérêts communs, travailleurs et travailleuses, tous solidaires, par un dernier effort anéantiront à jamais tout vestige d'exploitation et d'exploiteurs!...

VIVE LA RÉPUBLIQUE SOCIALE ET UNIVERSELLE!...

VIVE LE TRAVAIL!...

VIVE LA COMMUNE!...

La Commission exécutive du Comité central,

LE MEL,
JACQUER,
LEFEVRE,
LELOUP,
DMITRIEFF.

Paris, le 6 mai 1871.

A. IMPRIMERIE NATIONALE. — Mai 1871.



Léodile Béra

Nathalie Le Mel

Elisabet Dmitrieff

Louise Michel